

Vida
Aristocrática



Vida Aristocrática



Revista del Hogar

SOCIEDAD • ARTE • DEPORTE • MODAS

Se publica los días 15 y 30

Suscripción: Dos pesetas al mes.

Número suelto: Dos pesetas.

PARA PUBLICIDAD PIDANSE TARIFAS

Madrid - Goya, 3. Teléfono S-583

NOTAS DIPLOMATICAS

En la Embajada francesa.

Los condes Peretti de la Rocca obsequian frecuentemente con agradables reuniones y comidas a sus amigos del Cuerpo diplomático y de la sociedad madrileña.

De una de las últimas comidas, fueron los comensales el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Tedeschini; los Príncipes de Hohenzollern, los duques y duquesas de Fernán Núñez y Montellano, el duque de Tovar, los marqueses y marquesas de Bendaña y Urquijo, los ministros de Portugal y Perú, señores Mello Barreto y Leguía; el encargado de Negocios de Italia, señor Macario; el alcalde de Madrid y la condesa de Vallellano, el conde de la Cimera, M. y Mme. de Montille, M. Hugo Scherer y el señor Rodríguez Escalera.

La última reunión tuvo el atractivo de un notable concierto que dió el famoso barítono italiano Battistini, que fué muy aplaudido.

En la Legación de Polonia.

En la Legación de Polonia se celebró recientemente una comida organizada por los condes Sobanski en honor de S. A. R. la Infanta Doña Isabel.

Con la augusta dama se sentaron a la mesa, además de los representantes polacos, el Presidente del Directorio, los Príncipes de Hohenzollern, los duques de Miranda, los de Montellano, la señorita de Bertrán de Lis, dama de la Infanta; la señora Jelenska, esposa del consejero de la Legación de Polonia; el duque de la Unión de Cuba, el conde de Velle y el agregado militar a la Embajada de Italia, coronel Marsengo.

Este acaba de regresar de su país, donde ha pasado una temporada.

Después de la comida acudieron otras distinguidas personas.

En la misma Legación se celebró posteriormente otro elegante almuerzo.

Fueron los invitados de los condes Sobanski; el Nuncio de Su Santidad, los condes de Paredes de Nava, los de Castronuevo, los marqueses de Aycinena, los de Valdeiglesias, las señoritas Juana Bertrán de Lis y Cardona, y el conde de Romrée, de la Embajada de Bélgica.

La mesa aparecía preciosamente adornada con claveles, así como la casa toda.

En el salón principal fué admirado el retrato de la condesa Sobanski, obra de la distinguida pintora polaca señora Malinowska.

Es éste uno de los retratos mejor logrados de la celebrada artista, que pinta algunos de sus cuadros en el hospitalario hotel de los distinguidos diplomáticos.

En la Legación de El Salvador.

El encargado de Negocios de El Salvador y la

señora de Fuentes, han dado en su residencia una comida en honor del Gobierno.

Asistieron la señora viuda del coronel Garrido, el presidente del Directorio, el vicealmirante marqués de Magaz, el duque de Tetuán, el señor García Leaniz, el conde de Velle, el jefe del personal del Ministerio de Estado, don Ricardo Spottorno; el general Francés y Roselló, el conde del Cedillo y el cónsul de El Salvador, don Luis Francés.

El señor Fuentes explicó que el objeto de tal reunión consistía en patentizar el afecto y gratitud que la República de El Salvador siente hacia España y también para hacer resaltar la labor fructífera llevada a cabo por tres de los españoles más ilustres que pasaron por su país; el general Francés, fundador de la Escuela Politécnica en El Salvador; el coronel de la Guardia civil don Alfonso Martín Garrido, ya fallecido, fundador de la Guardia nacional salvadoreña, y don Ricardo Spottorno, cuya labor diplomática en aquel país dejó honda huella de cariño, admiración y respeto a España.

Se anuncia otra fiesta en la misma Legación, que será honrada con la presencia de nuestros Reyes.

Otras notas.

El Ministro de Checoslovaquia y la señora de Kobr han obsequiado con un te a varias personas del cuerpo diplomático y de la Sociedad de Madrid.

Ha presentado al Rey sus cartas credenciales, el nuevo ministro de Grecia en España señor Politis.

El Embajador de Italia, marqués Paulucci di Calboli, se halla en Ginebra desempeñando una misión de su Gobierno, cerca de la Sociedad de Naciones.

El encargado de Negocios de Cuba, recibió a la colonia de su país y a otras personas el pasado día 20, fecha del aniversario de la República y de la toma de posesión del nuevo presidente general don Gerardo Machado y Morales. Fué una recepción muy brillante.

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos—Marrons

Glacees—Caramelos finos.

Caias para Bodas

SALON DE TE

Serrano, 28

su casa, y al cerrarse la puerta tras de él, lloró Benamor la más grande y triste lágrima de su vida. A lo largo de la calle, en que muy poco más abajo de su casa estaba el Colegio de San José, donde aprendiera música,—como había estudiado asimismo idiomas, con diversos maestros extranjeros, y dibujo, y pintura, con los artistas más notables de su ciudad,—fué Federico con su padre y sus hermanos sin decir ni una sola palabra, y cual si lo condujesen al suplicio. ¿A qué hablar? Cualquier palabra por él dicha a aquellas tres almas nobilísimas, no hubiese hecho más que renovar el dolor de todos. Sólo al pasar junto a la Catedral, más bella y atrayente que nunca, en el instante del adiós, dijo a su padre: «vamos a entrar». Y pasó por su recinto a modo de una sombra, sin atreverse a mirarla, temiendo que ella, la gran sirena, le cautivase y retuviese en su seno, por siglos de siglos. Al salir del templo, se detuvo a mirarle con arrobamiento místico; desde los porches de la arcáica plazuela, en uno de cuyos caserones escudados, de saledizas rejas conventuales, sonaba un piano, tocando una *sonatina* de Clementí. «¡Qué hermosa está la Catedral, papá!», murmuró, saliendo de su éxtasis. «Y tengo que dejarla, no hay remedio. A *Imperia*, a estudiar más, y a procurar abrirme noblemente camino como tú dices. ¡Dios quiera que así sea! .. Vamos, no vaya a perder el tren.» Y nada más hablaron... Ni al pasar por delante de la Universidad, en la vieja calle de *San Antonio*; ni antes, por la plazuela romántica de la Audiencia, la de las espineras, encanto de su padre en días abrilones. Ni al ver de cerca la iglesia franciscana, y los primeros árboles del Paseo; ni al atravesar, apresuradamente, la calle que a la Estación conduce. Cuando ya iban llegando a ella, y al pasear su vista Federico a uno y otro lado de la vía, por aquel manso e idílico panorama, siempre antiguo y siempre nuevo, tendido por las suaves laderas de un monte que allí parece cerrar el paso, dijo Federico: «¿Cuándo volveré a ver campos como éstos? ¡Qué delicia! Yo creo que están más bellos que nunca al irme yo, pero también muy tristes, ya con el ropaje amortiguado del otoño, y como si sonasen tocando a muerto las campanas de la Catedral, en la tarde de *Todos los Santos*.» Ni una palabra más, a no ser la del adiós tristísimo, al subir al tren...

Se había ido despidiendo día tras día, desde el primero de Septiembre, y cuando ya en su casa se fijara definitivamente el de su marcha a *Imperia*, de la Catedral, que por excelso modo había contribuido, de antiguo, a prender en su espíritu, con el fuego de la *llama viva seráfica*, el perenne e insaciable anhelo de lo ideal. Se despedía por las mañanas, después de la misa mayor, tan bella, tan poética; y, luego, por las tardes, poco después de haber caído sobre la levítica ciudad el toque litúrgico de *laudes*, solitario en esos instantes el gran templo.

Y así fué diciendo adiós a las capillas, henchidas de sepulcros y de sombras; y a las naves, amplias, majestuosas, a cuyo religioso cobijo, y en las horas corales, venían a acariciar su frente y su cabello, su traje y su calzado, las rodelillas policromas, saltarinas, erráticas, que iba poniendo la luz del sol, con célica paleta, y al filtrarse por las altas vidrieras góticas, en los altares, en las imágenes, en las pilastras, en los balaustres del triforio, en las losas, blancas y negras, y, a veces, sobre unos sepulcros nobiliarios, y cual nimbándolos con la lumbre de la inmortalidad.

Y continuó diciéndolo al Claustro milenario, de espiritual fervor, y donde leyera una tarde de la *Semana Santa*,—como Hugo, en alguna parte de *Nuestra Señora* de París,—la helénica y fatídica palabra *Ananké*. Y al maravilloso presbiterio, que creía un digno pórtico de la Gloria, haciéndole ensoñar con ella. Y a los órganos, de opulentas y lucientes cajas borrominescas, y cuyos supraterranos acentos pusieran en lo mejor de él unas vagas, unas misteriosas tristezas, sin

Mundo Mundillo...



CON motivo de la estancia en Madrid del equipo de militares franceses que vino a jugar al polo, fueron obsequiados nuestros huéspedes con varios agasajos, la mayoría de ellos honrados con la presencia de nuestro Rey. El duque de Alba y el marqués de Villavieja, en sus respectivas residencias, les ofrecieron sendos banquetes. En el Ritz los polistas españoles organizaron una comida; y en la Embajada de Francia se celebró otra, también muy elegante.

EL marqués de Velilla de Ebro y de San Vicente se encuentra restablecido de la grave dolencia que padeció a mediados de mes. Con toda el alma lo celebramos.

LAS carreras de caballos, tanto en Madrid como en Aranjuez, y las pruebas del concurso hípico, en el Hipódromo de la Castellana, se están viendo favorecidas esta primavera por numeroso y aristocrático concurso.

EN los salones de la Protección al Trabajo de la Mujer siguen muy concurridos los tes que se celebran los lunes y jueves a beneficio de aquella institución, a los cuales suelen acompañar conciertos muy interesantes.

El último lunes dió un recital de guitarra una joven y notable artista, la señorita Rosa Lloret, que tiene diez y seis años, y realizó primores de ejecución. Fué muy aplaudida.

También tomó parte en el concierto la señorita Carmen Montesinos, que además de su preciosa voz tiene la originalidad de cantar dúos en que hace voz de contralto y de barítono.

«Los dulces de la boda» es una bonita comedia que en su tiempo se hizo mucho y ya no se representa. Si esos dulces hubieran ido en sortijeros de alabastro o en cajas de concha calada, como los que hoy se venden en *La Duquesita*, la comedia se estaría aún representando con creciente éxito.

SE ha posesionado del cargo de teniente hermano mayor de la Real Maestranza de Valencia el conde de Torreñiel, vizconde de Miranda, que con este motivo está recibiendo numerosas felicitaciones.

LOS marqueses de Monte-Corto han puesto fin con una brillante reunión a sus recepciones de los martes del invierno.

A saludar a tan distinguido matrimonio diplomático acudieron la última tarde muchas de sus amistades, que fueron obsequiadas con un bien servido té.

PARA la primera quincena del próximo Junio se anuncia un baile en la Embajada de los Estados Unidos, con el que mister Moore se propone agasajar a Sus Majestades los Reyes de España.

LA señora de Mencos y Ezpeleta (don Roberto) ha dado a luz con felicidad una niña, que ha recibido en la pila bautismal el nombre de María de la Concepción, siendo padrinos su abuela materna, la condesa de Sicart, y su tío paterno el marqués del Amparo.

HA sido rehabilitado el marquesado de Casa-Torre a favor de don Pedro María de Hualde y Lizana.

SU Majestad el Rey ha concedido la llave de gentil hombre al capitán de Ingenieros don Antonio Fernández Hidalgo, herido dos veces en las últimas operaciones de Africa y propuesto para la laureada de San Fernando y para la Medalla Militar.

Notas de péjame

EN Madrid ha fallecido, el ilustre almirante de la Armada don Ramón Auñón y Villalón, marqués de Pilares, unánimemente apreciado.

Había nacido en Agosto de 1844, y desde muy pronto se distinguió como marino, tomando parte en diversas operaciones navales y como hombre de talento escribiendo varias obras.

Llegó todavía joven al generelato; trabajó para armonizar los Códigos militar y de Marina, y para planear la construcción de la escuadra, y ocupó la Capitanía general de Cartagena y otros cargos.

Cádiz le eligió diputado en 1893 y le reeligió en cinco Cortes sucesivas. Fué después senador electivo, y desde 1911 senador vitalicio.

En ambas Cámaras hizo campañas que acreditaron su cultura; presidió numerosas comisiones; fué, con Sagasta, ministro de Marina y, recientemente, vicepresidente del Senado.

Su talento sólido y su amor al estudio le procuraron un puesto preferente entre los hombres públicos más ilustres. Descanse en paz.

LOS marqueses de la Valdavia pasan por el duro trance de haber perdido a su hijo, Mariano Ossorio y Ahumada, joven de gran porvenir.

También los señores de Orellana, hijos de los vizcondes de Amaya y de los marqueses de Olivart, han sufrido la desgracia de perder a su hijo Ramón Luis, precioso niño de corta edad.

Han fallecido igualmente, siendo sus muertes muy sentidas, el ex senador don José de Santos y Fernández Laza, los académicos de la Historia don Antonio Vives y don Jerónimo Becker, y la condesa viuda de Colchado.

nombre ni motivo, y una ardiente aspiración a lo infinito. Y a sus atrios majestuosísimos, o Lonja; y al pasadizo interior de ingreso,—la entrada predilecta de Federico,—por una ojival puerta del siglo XIII, y a la desierta y silenciosa plazuela, olvidada del resto de la humanidad, en la que yergue su bellísima torre, poética, la Catedral insigne.

Y de su hogar, de su nido, ¿cómo se despidió Benamor? Fué sitio por sitio, hasta los más recónditos, besando y acariciando todo lo suyo, y llorando sobre ello. ¡Oh, el adiós a su piano, a su hermano piano, solaz y encanto de la familia, y en cuyas cuerdas, cuando él lo tocaba—había estudiado música cerca de catorce años, desde los seis, con un viejo Maestro de capilla,—en el sublime instante de la inspiración, creíase oír vibrar, sollozar, cantar el alma delicadísima del muchacho! ¡Oh, su despedida de la provinciana galería, clareada de fantástica suerte por las bellas fiestas de reflejos que el sol muriente ponía en sus cristales; y sus besos al canario enjaulado, que cuidaba una de sus hermanas, tal vez la más querida de todas ellas, y a las palomas de su hermano Godofredo, blancas, o del color del hábito seráfico, sus amigas, que venían a rodearle y arrullarle mientras él leía; y al perrillo fidelísimo Morin, y al corderuelo que le comprara, con los modestos ahorritos de su hucha, a la menor de sus sorellinas, la Benjaminal... ¡Y cómo besó sus libros, sus amados libros, sobre cuyas sabias páginas pasara horas tras horas, diurnas y nocturnas, acuciado por una curiosidad perenne de leerlo todo, y saberlo todo, muchas veces hasta las tres o las cuatro de la madrugada, con grave detrimento de su salud, pues estuvo a punto de sufrir un ataque cerebral cuando iba a terminar su carrera de leyes, y estudiando una noche intrincadas cuestiones de teología escolástica. ¡Sus libros, de los que llevaba consigo a Imperia, muchos de ellos, de omne re scitli, tantos, que al facturar su baúl tuvo que pagar mucho su padre por el exceso de equipaje; detalle éste, que le henchía de ternura, agradecido y conmovido, al propio tiempo, al recuerdo de los nobles sacrificios de su padre en bien de él y de sus hermanos, educándolos a todos ellos en disciplinas y sapiencias de adorno y puro lujo, de va-

rio linaje y como muchos archimillonarios no educan a sus hijos.

Y fué su dolor cruel, cruelísimo, al decir adiós a su jardinillo, cuyas hermanas flores cultivaba y veía brotar siempre con la misma infantil emoción, al advenir los días primaverales; y a su modesto gabinete de estudiante, y a su lecho, trono de sus ensueños idealísimos, y al pie del cual su madre—¡ese amor supremo de su vida!—, le prodigara los más tiernos cuidados, estando enfermo de niño o adolescente; y a la sala, donde resonaron tantas veces las dulces melodías bellinianas o rossinianas, las sonatas de Mozart,—la música amada de su padre, las Ruinas de Atenas, y el Conde de Egmond, de Beethoven, o la Invitación al Vals, de Weber, tocando uno de sus hermanos el violín, y él el piano, en inolvidables conciertos caseros en las noches de los días de fiesta...

Pero aún fué más cruel su dolor, si cabe, al ver por la vez última el comedor, el de aquellos familiares ágapes trasunto de los cielos, y cuando su alma sintió instintivamente miedo—y así lo recordaba más tarde, en Imperia,—ante aquella inefable dicha, tan alta, tan rara, que le obligó en tal cual ocasión a entristecerse y a temblar como una pobre palomica asustada, temiendo que esa inaudita y sorprendente felicidad, casi sobrenatural del todo, pero tan suya, durase apenas, frágil y deleznable, lo que la flor del heno.

De todo ello hubo de arrancarse, materialmente, Federico. Y al llegar el instante terrible de la partida, se colgó del cuello de su madre, del de sus hermanas, sin poder separarse de ellas, y del de su anciana abuela, y del de la vieja y amada servidora que le trajera en brazos, como también trajera a su madre. En el rellano de la escalera pasó esto, que él había de recordar *in aeternum*. Y trémulo, vacilante, cual sonámbulo o ebrio, volviendo la cabeza a cada paso, bajó las escaleras de su casa, oyendo la angustiada voz de su madre que le decía,—y eso mismo le diría su padre en la Estación,—«¡acuérdate mucho de nosotros!»; y desgarrándole las entrañas el lloro inconsolable de sus hermanas, clamando a una, «¡adiós, Federico! ¡qué solo vas a estar por el mundo!...» Su madre no tuvo valor para ir a despedirle a la Estación, ni quiso que fuesen sus hermanitas. Y al salir de

Vida Aristocrática



DIRECTOR - PROPIETARIO
ENRIQUE CASAL (LEON-BOYD)



Desde el mes pasado es la señorita Concepción Rodríguez y Serrano señora feliz del arquitecto del Obispado y de Palacio don Miguel Durán y Salgado. El arte del fotógrafo ha perpetuado en esta página la belleza de aquella novia ideal que ante el Prelado de la Diócesis doctor Eijo pronunció el «sí» sacramental, que une para siempre dos corazones.

Foto Buch.

Año VI.—Núm. 142
30 Mayo 1925

UNA BODA ARISTOCRÁTICA

LA SEÑORITA DE LUCA DE TENA Y DON BENITO PICO

PARA la sociedad madrileña ha sido un gratisimo suceso la boda, celebrada en la Iglesia del Santo Cristo de la Salud, de la bella señorita Valentina Luca de Tena con el Oficial del Cuerpo Jurídico don Benito Pico y Martínez, hijo de los señores de Suárez Somonte.

La familia de la novia goza de innumerables consideraciones y simpatías. Su ilustre padre don Torcuato Luca de Tena se ha hecho acreedor, por su patriotismo y por su perseverante obra en defensa de los más altos intereses, a la gratitud de todos. Los poderosos órganos de publicidad por él fundados y dirigidos son orgullo de la Prensa nacional. Compañera ejemplar suya ha sido doña Esperanza García de Torres, dama de grandes virtudes, que no sólo supo formar un hogar modelo, sino que pudo dedicar su actividad a fomentar y proteger diversas obras de caridad y cultura.

Unico hijo varón de aquel matrimonio es el actual director gerente de Prensa Española, don Juan Ignacio Luca de Tena, que ha heredado de su padre el entusiasmo por el periodismo, al cual ha unido su gran afición al arte dramático, en el que ha conquistado legítimos triunfos, que demuestran el acierto con que ha encauzado hacia la escena su inteligencia.

Menores que Juan Ignacio son sus hermanas Valentina y Pilar, las dos inteligentes, las dos bellas. La primera, que ahora ha constituido un nuevo hogar, hereda todas las virtudes de su buena madre, como también su hermana.

Asimismo, en el hogar del señor Pico se ha rendido culto al estudio y al trabajo. La madre del novio es una dama de gran virtud y belleza y de verdadera cultura. Cuanto a su padre político, el Director del Instituto del Cardenal Cisneros don Ignacio Suárez Somonte, ¿quién no conoce los méritos del docto catedrático, del hombre de ciencia, del brillante escritor? Competente como pocos en materia de Instrucción pública, demostró su preparación en el Congreso, haciendo lucidas campañas.

Don Benito Pico, brillante abogado y oficial, evidenció como militar su valor en África, donde conquistó, además, numerosas simpatías.

Los regalos que los hoy esposos recibieron antes de su boda ascendieron a varios centenares. La exposición que de ellos se hizo en casa de la novia fué unánimemente elogiada.

Pocas veces ha podido contemplar una novia gentil caastilla tan espléndida. Cascadas de encajes, de batistas, de sedas eran en aquellas estancias seducción y encanto de los ojos. Los elegantes trajes formaban también una colección lindísima.

Tres de ellos eran regalo del novio: uno, el de desposada, de fulgurante y «crepe» Georgette, con el velo de encaje; otro, de noche, con bordado en «clair de lune», y otro, de tarde, azul, con encajes.

Además, el señor Pico regaló a su prometida un imperdible de brillantes y una pulsera de zafiro oriental con brillantes.

Los señores de Luca de Tena se mostraron verdaderamente rumbosos con su hija. Además

de toda la ropa blanca, que ha sido confeccionada en España, sin excepción alguna, le regalaron varios trajes y otras prendas del soberbio equipo, un abrigo de petit gris «lustrée», y una «écharpe» de «colinski»; una virgen de alabastro antigua y joyas.

En la magnífica exposición, como era natural, llamaban la atención los regalos de familia, que formaban un admirable conjunto de riqueza y de buen gusto.

Los señores de Suárez Somonte, padres del novio, regalaron a la señorita de Luca de Tena una sortija de brillantes, con perla y turquesa y un reloj de platino y brillantes.

Los señores de Luca de Tena (don Juan Ignacio) a su hermana, bolso de oro; los barones de Fuente de Quinto, broche de zafiros y brillantes;

garon con sus padrinos, que eran la madre de él y el padre de ella.

La señorita de Luca de Tena estaba muy bella, vistiendo el elegante traje de novia ya descrito, adornado con encajes y flor de azahar. Amplio velo de encaje envolvía la gentil figura.

Llevaban por su extremo el blanco manto las niñas Esperanza y María Luisa Luca de Tena, sobrinas de ella y el niño Clemente Suárez Martínez, hermano de él.

El novio vestía el uniforme de gala del Cuerpo a que pertenece.

Bendijo la unión el obispo de Almería, reverendo padre Bernardo Martínez, tan conocido en la sociedad por haber sido, después del reverendo padre Font, quien más contribuyó a dar vida a los Talleres de Caridad de Santa Rita.

El venerable prelado pronunció luego una elocuente plática.

En la misa de velaciones ofició el reverendo padre Avelino Rodríguez, rector del Colegio de Alfonso XII, de El Escorial, muy amigo de los señores de Suárez Somonte.

Como testigos firmaron el acta, por parte de la novia, los generales Ochando y Melins, don Juan Vilalta, don Fernando Luca de Tena y don Juan Ignacio Luca de Tena, y por parte de él, Su Alteza Don Alfonso de Borbón, los generales Vallespinosa y Piquer, don Ignacio Suárez Somonte y el abogado don Alfonso Pico.

Durante la ceremonia, una notable orquesta ejecutó diversas composiciones, entre ellas el «Largo» de Haendel. Terminada la ceremonia la feliz pareja y los padres recibieron efusivas felicitaciones de la concurrencia. La comitiva nupcial se dirigió luego a la casa de los señores de Luca de Tena, donde se celebró un almuerzo de familia.

Los recién casados, que inmediatamente fueron a casa de los señores de Suárez Somonte, para ver a sus hermanas enfermas, marcharon por la tarde en automóvil a El Escorial, para visitar a otra hermana, y luego a Navacerrada, donde pasaron unos días, con el propósito de ir luego al extranjero.

A las muchas felicitaciones que ellos y sus familias han recibido, unimos la nuestra muy efusiva, haciendo votos por su eterna ventura.

Otra boda aristocrática se ha celebrado en la parroquia de San Ginés, siendo los novios la bella señorita María del Rosario Serriá y Fernández de Córdoba, hija de los marqueses de la Puebla de Obando, y don Antonio de Almunia, hijo de los marqueses de Almunia. Bendijo la unión el Nuncio de Su Santidad, monseñor Tedeschini, que pronunció elocuente plática, y fueron padrinos la madre de la novia y el padre del novio.

Como testigos actuaron, por parte de ella, el teniente general don Francisco María de Borbón, el presidente de Sala del Supremo, don Antonio Mañ de la Bárcena, don Fernando Fernández Golfín, don Narciso Bermúdez de Castro y don Eduardo López Hierro, y por parte del contratante, el marqués de Montortal, don José Luis y don Joaquín Almunia y don Diego de León.

A la ceremonia asistió numerosa y distinguida concurrencia. Los novios, a los que deseamos muchas felicidades, salieron para El Escorial, Valencia y Granada.



La bella señorita Valentina Luca de Tena y don Benito Pico y Martínez, con sus padrinos y testigos, firmando el acta del registro civil, después de recibir la bendición nupcial.

María del Pilar Luca de Tena, sortija con brillantes; don Gustavo Luca de Tena, sortija de zafiro y brillantes; don Anibal Alvarez, broche de esmeralda; los señores de Marian, broche de brillantes; los señores de Luca de Tena (don Fernando), cristalería, y los señores de Luca de Tena (don Nicolás), vajilla japonesa.

La señorita de Luca de Tena regaló al que entonces aun era su prometido, botonadura y sortija de zafiros; los señores de Luca de Tena, a su hijo político, un cuadro de Salaverría, que es un precioso retrato de la novia; los señores de Suárez Somonte, a su hijo, alfiler de corbata de perlas y brillantes.

La abuela, doña Ernestina Marsilla, viuda de Martínez, un cheque de 50.000 pesetas; su tío, el señor González, alfiler con solitario y botones de platino. Los hermanos de don Benito Pico, estuche de cubiertos de plata y juego de te de plata al novio, y a la novia una maleta de viaje y una pianola.

Los señores de Luca de Tena (don Juan Ignacio) a su hermano político, una mesa de fumar; María del Pilar Luca de Tena, maleta de viaje; los señores de Percorgo, gemelos de oro y esmalte.

El personal de Prensa Española regaló a la novia un estuche con soberbio juego de tocador de plata, y los señores de González (don Carlos), una virgen italiana y candelabros de bronce.

La boda se celebró en la intimidad por hallarse enfermas dos hermanas del señor Pico.

La iglesia del Santo Cristo estaba preciosamente adornada con flores y plantas. Los novios lle-

EN LA CAPITAL DE LA RIOJA

LOGROÑO Y SUS BELLAS IGLESIAS

PARA el turista curioso, que busca en la Rioja los monumentos artísticos de que hablan las historias, Logroño no es más que estación de tránsito obligado. Son pocos los que tienen noticias de positivo valor acerca de su interés y de su importancia; los más sólo saben de añejas devociones políticas hacia ilustres personajes que echaron los cimientos liberales de lo que ahora se ha dado en llamar «viejo régimen». Pero ya en la ciudad, contemplando con cierta extrañeza su decoroso ropaje urbano, se sienten movidos a simpatía y experimentan el deseo de permanecer más tiempo en ella.

La capital de la Rioja es, en efecto, una población interesante y agradable, de aspecto muy moderno en su parte nueva, perfectamente urbanizada y con espléndidos paseos y elegantes edificios. En su parte monumental se encuentran algunos templos muy dignos de interés, de los que nos proponemos dar algunas noticias.

El monumento religioso más importante, por sus proporciones y su belleza artística, es la colegiata de Santa María la Redonda, digna realmente de ser elevada a la categoría de Catedral. A tales destinos estaba llamada por el Concordato de 1851, pasando a la capital riojana la sede episcopal de Calahorra, y todo estuvo dispuesto para ello, y hasta preparado el palacio que había de ser residencia del obispo: el que perteneció al ilustre duque de la Victoria. Pero surgieron dificultades graves para la realización del cambio; aliáronse los «intereses creados» y las influencias políticas y de todo género, con el fin de impedirlo, y hubo que suspenderlo para mejor ocasión. La iglesia de la Redonda siguió mantenida en la misma dignidad que disfrutaba desde 1435, cuando se trasladó a ella la colegiata de Albeida, por disposición del Papa Eugenio IV, siendo obispo de Calahorra Diego de Zúñiga.

En buena parte, la construcción procede del siglo XV, aunque sus obras prosiguieron en los comienzos del XVI, como dice algún historiador, y en su interior sigue la buena tradición ojival, no bien respetada luego en las restauraciones de las fachadas laterales. La principal, que da frente a la linda plaza que lleva el nombre de la Colegiata, corresponde a la XVII centuria, y es de gusto plateresco, pero recargada en extremo. Por ello y por la belleza de algunos de sus elementos, las esculturas principalmente, llama la atención.

Flanquean la fachada dos torres gemelas, de gallardas proporciones, que forman dos cuerpos salientes. En el centro queda un espacio poligonal, semejante a un vestíbulo, cerrado con verja de hierro. Este cuerpo entrante, en cuyo centro abre la portada, semeja una enorme hornacina, cubierta por estriada concha; el gran arco de medio punto que encierra el pórtico está sostenido por dos columnas corintias y prolijamente adornado en la clave y en las jambas. Sobre el establecimiento superior se alza un



Capilla del Cristo en la Iglesia de Santa María de Palacio.

frontón partido, y en el centro de éste, una escultura del Salvador.

Las cinco caras verticales del polígono aparecen contenidas en arcos escarzanos. En el centro abre la portada, en un arco románico, que flanquean, pareadas columnas, recargadas de adornos. Sobre la clave, un hermoso medallón, con un alto relieve, representativo de la Caridad; a los lados, labradas hornacinas, con rotables esculturas. En los paramentos laterales del vestíbulo, otras hornacinas con esculturas no menos bellas, todo en considerable profusión.

En el segundo cuerpo de la parte central abre una amplia hornacina, flanqueada por columnas, en la cual se admira una bella imagen de Nuestra Señora, y en el tercer cuerpo, otra hornacina central, con escultura, entre las mismas columnas, que se prolongan, y a los lados, ricos adornos platerescos. En los trozos correspondientes de los paramentos laterales, otras hornacinas, con estatuas, y prolijos adornos.

La composición general de este magno pórtico es de una complicación extraordinaria y de una profusión de labores enojosa. Sin embargo, hay que salvar el buen gusto de los platerescos adornos y la belleza de las esculturas.

Las torres que flanquean la fachada son de bella traza y muy elevadas. El primer cuerpo que se levanta sobre el cornisamento de la fachada es rectangular, y lo adornan pilastras y ventanas cuadradas; el segundo, octogonal, flanqueado por cuatro torrecillas y adornado con ventanas románicas y redondas claraboyas sobre ajuellas. El tercer cuerpo es como una elegante y prolongada linterna, coronada por elevado pináculo.

No se conoce el nombre del arquitecto que trazó el pórtico, ni el del artista que labró las estatuas. Esto último es más sensible, porque todas las esculturas están ejecutadas con verdadero acierto y acusan un artista de gran mérito. Lo mismo ocurre con las estatuas que adornan las puertas de las fachadas laterales, una de ellas de la Virgen, muy linda. Ambas portadas son de gusto plateresco, ricamente adornadas, y las flanquean pareadas columnas.

En el interior guarda mayor fidelidad el templo al arte gótico que le dió su inspiración. Es de buena amplitud y se compone de tres naves, sin crucero; ancha la central y muy estrechas las laterales, en las que abren reducidas capillas, cerradas con verjas. Las bóvedas, de crucería estrellada, procedentes del siglo XV, son muy bellas; las arrogantes arcadas, se apoyan sobre sencillos y esbeltos pilares cilíndricos, de ligero adorno en los capiteles.

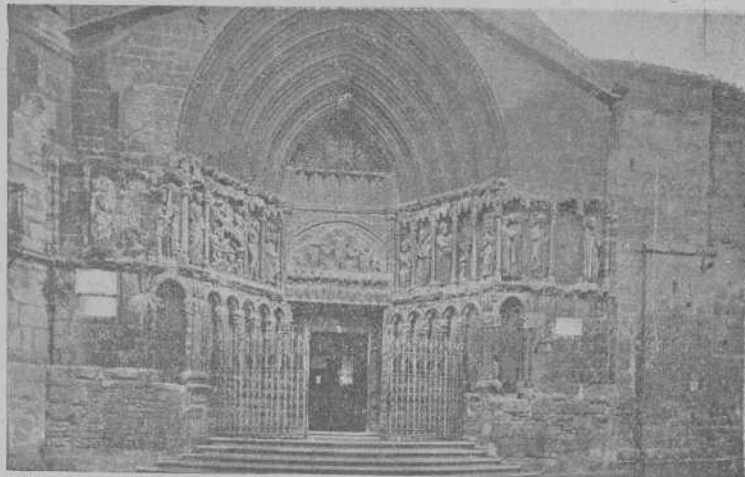
Los ábsides correspondientes a las tres naves desaparecieron en las obras de reforma, siendo sustituidos por un cuerpo nuevo, cerrado por un muro plano. En los lugares que debían ocupar las capillas, aparecen tres sencillos altares. En el de la derecha se admira hermosa escultura de un milagroso Cristo. Allado, formando capilla en el muro derecho, muéstrase el sepulcro de un obispo de Calahorra, y enfrente, sobre el muro izquierdo, el magnífico mausoleo que guarda los restos del insigne general Espartero y de su esposa, doña Jacinta Martínez Sicilia, el cual fué costeado por el Estado, como homenaje nacional al caudillo invicto.

En el primer tercio de la nave central se encuentra la capilla mayor, con gran retablo barroco dorado, cuyos recuadros ostentan diversos relieves y esculturas de mérito, coronándolo una bella efigie de Cristo. Cierra la capilla gran verja de hierro, con adornos platerescos, así como el coro fronterero, que corta también la nave. La sillería de éste ofrece interesantes tallas de figuras en los respaldos.

Entre las capillas que figuran en las naves laterales, llaman la atención tres de la izquierda y una de la derecha, que ofrecen preciosos retablos de talla policromada, con esculturas y relieves de escenas religiosas, reproduciendo la vida de Jesús. En dos de las capillas indicadas se admiran notables sepulcros de alabastro con esculturas yacentes, adornando los sarcófagos hornacinas con esculturas y escenas religiosas en relieves, de gran primor.



Convento de la Enseñanza.



Bella portada gótica de la Iglesia de San Bartolomé.



Colegiata de Santa María de la Redonda.

Otro aditamento de la iglesia es el cuerpo inferior, que corresponde al trascoro y comunica con la puerta de la fachada principal. Forma una media rotonda con tres capillas, cuyos muros y cúpula ostentan medianas pinturas, de buen colorido, de José Vexes, del siglo XVIII.

Verdadera joya entre los templos logroñeses, es el San Bartolomé, no obstante las injurias y daños que le infirieron los siglos, el abandono y la ignorancia que dirigió torpes restauraciones. Años atrás estuvo la iglesia totalmente abandonada y convertida en almacén o depósito de carbones, y manos criminales se ensañaron contra las bellas esculturas de su pórtico, destrozándolas en buena parte.

Es la segunda de las iglesias de Logroño en lo que respecta a la antigüedad. Procede del siglo XIII, y el estilo gótico dejó en ella el sello de su exquisito gusto, especialmente en el admirable pórtico, aunque la deplorable restauración hecha dos centurias después y otras posteriores desvirtuaron muchos de sus elementos. La portada sorprende con su elegancia y belleza, aunque la puerta, según Madrazo, fué torpemente rebajada en la restauración del siglo XV. Forman aquél varios arcos de la más fina traza gótica, adornados dos de ellos con esculturas, doseletes y otros elementos.

Las jambas aparecen adornadas en su parte inferior con bellísimos arcos trebolados, sostenidos por pilares, que rematan capiteles ricamente labrados. En la parte superior destacan a cada lado ocho elegantes hornacinas, con calados doseletes, que cubren toda la parte de la jamba y doblan luego sobre el muro de la fachada. En cada hornacina, una buena escultura de gran tamaño y de noble y bella traza. De las diez y seis estatuas de Santos, Patriarcas, Reyes y otras figuras bíblicas, como David y Sansón, algunas han desaparecido casi por completo, destrozadas; otras se hallan en pésimo estado y muy pocas se conservan completas. En el timpano hay un alto relieve, bastante destrozado también, en cuyo centro se eleva la imagen del Salvador.

A la izquierda del pórtico, según se mira, alzáse la elegante torre, la de mayor altura de Logroño, que se divisa casi desde todos los puntos de la capital.

Es rectangular, de gallardas proporciones, adornada con ventanas románicas, impostas de finas labores y algunos azulejos de reflejos metálicos, que ponen en ella una nota de agradable mudéjarismo.

El recinto interior no es grande, pero sí bien proporcionado. Consta de tres naves y cruce-

ro; a los pies del templo hállase el coro, sobre una bóveda muy rebajada y casi plana, con adorno de bustos en las dovelas. Las de las naves, bastante elevadas, son de gótica cruceña; sus arcadas, sobrias y elegantes, apóyanse sobre fuertes y desnudos pilares poligonales, desnudos de adornos.

La capilla mayor tiene bóveda de medio cañón, haciendo ver cómo en el transcurso del tiempo mezcláronse en las obras del templo los diversos estilos. Los capiteles de los pilares que la sostienen están bellamente adornados. El retablo es barroco, moderno, y en su centro se destaca una imagen del Sagrado Corazón.

En la nave de la derecha, a la entrada, se advierte una reducida capilla, que preside una buena escultura del Crucificado, y en ella se admiran dos joyas del siglo XV. Son dos magníficos sepulcros de alabastro, decorados con labradas hornacinas y pequeñas esculturas de Virgenes, Santos y Angeles. Sobre los sarcófagos descansan estatuas yacentes, de gran tamaño y muy bien modeladas. En este orden es lo más digno de admiración que se encuentra en Logroño.

El más antiguo de los templos logroñeses y el de mayor interés por su carácter histórico, es la parroquia de Santa María, sobre cuya fachada principal, desnuda de adornos, insignificante por su valor estético, destácase una pequeña lápida con el nombre del templo: «Iglesia Imperial de Santa María de Palacio.» El turista se siente intrigado ante este nombre, sonoro y pretencioso, y procura agotar los medios para satisfacer su curiosidad. Desdichadamente, las historias no ofrecen explicaciones tan expresivas y satisfactorias como fuera de desear. El sobrenombre «de Palacio» parece derivarse del hecho de que junto al templo existiera la residencia en que los Reyes de Castilla se aposentaban cuando, llevados por sus andanzas guerreras, se detenían en Logroño. Parte de la residencia, de la cual solamente se conserva un lado del claustro, pues las restantes galerías se reconstruyeron, fué ocupada también, según la tradición, que recoge Madoz, por los religiosos del Santo Sepulcro, cuyos superiores en aquella santa casa, dice que firmaban como «priors del Santo Sepulcro y de Palacio». Este prior, de nombramiento exclusivo del Rey, era presidente del Cabildo, que formaban un cura párroco y siete beneficiados, todos ellos perpetuos y patrimoniales, pero elegidos por concurso.

El calificativo de Imperial procede, según parece comprobado, de haber residido en aquel palacio, durante sus breves estancias en Logroño, el gran Emperador Carlos V.

La histórica iglesia no es de grandes proporciones, pero tiene tres naves y crucero, en los cuales domina el estilo grecorromano; algunos elementos de distintas épocas muestran los rasgos del arte ojival. Tales son, según Madrazo, algunos arcos del trascoro, que parecen proceder del siglo XII; la bóveda del crucero y el ábside, del XIV; y la portada y bóveda de la linda capilla de San Roque, del XV.

En general el templo es muy interesante en su interior, con su bóveda de cruceña, sus recios pilares desnudos y sus antiguas capillas. Entre éstas llama de atención una de la nave derecha, en la que se venera una buena escultura del Crucificado. El dorado retablo del altar mayor, con esculturas y relieves, es notable, y muy interesante una imagen bizantina de Nuestra Señora de la Antigua, que se venera en un altar del trascoro. El coro es pequeño y sin interés.

El elemento más importante, original y bello, que resalta en la iglesia es la magnífica aguja que a modo de cimborio se levanta sobre el crucero. Semejante a ella no hemos visto ninguna otra en nuestras peregrinaciones. Procede del siglo XII y es una gran pirámide de seis caras, que se prolonga considerablemente en aguja; en cada una de las caras se adosa, en la parte inferior un cuerpo triangular con ventana de arco algo apuntado. En la parte superior se advierten, en algunas caras, ventanas estrechas como saeteras. El conjunto es originalísimo.

Del viejo claustro solamente se conserva una cruz del siglo XIII, de bellísimos arcos ojivales y elegante bóveda de cruceña. Las restantes galerías fueron reconstruidas en el siglo XVII, ostentando deplorables pinturas, obra del pintor José Vexes, y azulejos de relieve, que forman antiestéticas cartelas.

La iglesia parroquial de Santiago, último de los templos logroñeses que solicitan la atención de los amantes del arte, no es en realidad

un gran monumento, pero tampoco es una obra vulgar. Su origen data del siglo XV, y algunos elementos, como su bóveda de cruceña, denotan el gusto ojival de la época de la decadencia. Pero la invasión del barroquismo hizo presa en la construcción y la disfrazó por completo.

El templo es una gran mole, que al exterior apenas ofrece detalles de arte en la amplia y desnuda fachada, ni en la ancha torre cuadrangular, cuya parte superior fué destruida por un incendio reciente. Casi al lado de la torre abre la enorme portada, formada por un arco románico de gran altura y amplitud. En la parte superior, coronando la puerta de entrada, aparece una tribuna, que ocupa toda la arcada, en la cual se destaca la escultura del Santo Apóstol, de proporciones desmedidas y que llama la atención, aunque no por sus primores de arte.

En el interior demuéstrase un gran atrevimiento en la construcción del templo. Se compone éste de una sola nave, de arcos rebajados, que mide 120 pasos de longitud y 60 de anchura, sin más apoyo que los muros que limitan el ámbito. El arquitecto constructor demostró en la obra que era capaz de realizar importantes empeños. Salvo los detalles de la cruceña, no ofrece el templo galas artísticas ni en los lienzos de los altos muros, ni en el sencillo coro.

Entre las capillas laterales hay algunas interesantes; con retablos e imágenes de mérito y pinturas en varios de aquélos. Pero la que realmente llama la atención es la capilla mayor, de extraordinarias dimensiones, con un magnífico retablo barroco, adornado con esculturas y relieves.

Con esto queda terminado el breve inventario monumental artístico de la capital de la Rioja. Hay otras iglesias, cual la del Seminario, con cimborio ochavado, de sencilla arquitectura, antiguo convento de los Jesuitas, de grandes proporciones y relativa antigüedad, que se extiende desde la plaza de su nombre al paseo del Espolón, y otros edificios de importancia, cual el llamado convento de la Enseñanza; y el de las Mercedes, que ocupa en la actualidad la Fábrica de Tabacos, de vasta extensión. De edificios modernos, amplios y elegantes, cual el palacete que se está construyendo al final del paseo de Sagasta, para Escuela de Artes Industriales, hay bastantes en Logroño. Con ello da idea de su adelanto y de su espíritu progresivo la ciudad que mereció de Juan, II el título de «muy noble y muy leal».

LEON ROCH



Original cimborio de la Iglesia de Santa María de Palacio.

TRES BODAS EN SANTANDER



La señorita Luisa Piñeiro y don Eduardo Casanueva, recién casados.

Después del banquete de esponsales, los recién casados salieron para la finca que la familia del novio posee en Solares, desde donde continuaron a París y Londres. Luego fijarán su residencia en Santander.

Otra nueva esposa es Luisita Piñeiro, gala de los salones montañeses, que desde ahora es señora de don Eduardo Casanueva y González.

La novia realzaba, el día de su enlace, su belleza con un lindo traje blanco de crepe Georgette, cuya cola sostuvo, durante su breve paso por la capilla del palacio episcopal, la monísima niña Eloisa Casanueva.

La boda se celebró ante el altar de la Inmaculada, lleno de flores. Al entrar los novios en la capilla, un notable cuarteto interpretó la marcha nupcial de Mendelssohn.

La novia iba del brazo de su padre don Modesto Piñeiro, y el novio daba el suyo a su madre doña María González, viuda de Casanueva.

Bendijo la unión el Obispo de la diócesis don Juan Plaza García, asistido por el párroco de Santa Lucía don Sixto Córdova y por el capellán don Martín Manso.

Al llegar al Evangelio, el cuarteto aludido interpretó el *Ave María*, de Gounod, que cantó con preciosa voz la hermana menor de la desposada Marianela Piñeiro.

Al terminar la misa, el señor Plaza dirigió breves palabras a los nuevos esposos, felicitándoles.

En calidad de testigos firmaron el acta, por parte de la novia, don Maximino Piñeiro y don



La señorita María Gutiérrez-Calderón y don Julio de Yarto, momentos después de su boda.

TRES novias pertenecientes a la sociedad montañesa han visto realizados recientemente sus sueños de felicidad. Y las ceremonias de sus bodas han constituido en Santander tres gratos acontecimientos.

Celebróse una en la magnífica finca que con el nombre de «Quinta Altamira» poseen en el paseo de Sánchez Porrúa los señores de Gutiérrez-Calderón. Era la novia su bella hija la señorita María Gutiérrez-Calderón Sojo y era su prometido el reputado ingeniero de Montes, don Julio de Yarto Herreros. Al acto asistieron los íntimos de ambas familias.

Bendijo la unión el párroco de Santa Lucía, don Sixto Córdova, actuando de testigos don Mariano Morales, don Juan Antonio Gutiérrez Moliner, don Vicente de Pereda, don Antonio de Rotaache, don Luis de Yarto y don Clemente Sojo.

Fueron padrinos el padre de ella don José Gutiérrez-Calderón, y la madre del novio, señora viuda de Yarto.

La novia vestía primoroso traje blanco, y el señor Yarto uniforme de ingeniero de Montes.

El reverendo Padre Herreros (S. J.), pronunció una sentida plática.



BODAS PROXIMAS

El próximo día 4 de junio se celebrará, en la parroquia de la Concepción, la boda de la bella señorita Teresa Ozores y Saavedra, hija del marqués de Aranda, Señor de la Casa de Rubianes, con don Juan Valdés y Armada, hijo de los marqueses de Casa Valdés.

Para el día 3 de julio se ha fijado la fecha del matrimonio de la señorita María Luisa Caralt, sobrina del ex ministro conde de Caralt, con el marqués de Squilache.

Arturo Casanueva, y por la del novio, don Modesto Piñeiro Riquelme y don Miguel Luis Casanueva, hermanos de los contrayentes.

Antes de salir de la capilla del Palacio, el prelado dió a besar su anillo a novios, padrinos e invitados, quienes trasladáronse acto seguido al Gran Hotel del Sardinero, donde les fué servido un espléndido almuerzo.

Después los nuevos esposos marcharon en automóvil a Covadonga y Oviedo, proponiéndose recorrer, sucesivamente, varias capitales españolas. También congregó numerosas personas conocidas la boda de la bella señorita Elisa Canales con don Ernesto Alday, celebrada en el Castillo de Elsedo (Pomares).

Fueron padrinos don Miguel Canales, padre de la novia y doña María Redonet, tía del novio. En los jardines del castillo hubo después un banquete, terminado el cual los novios salieron en automóvil, para París y Suiza.

Al ponerse en marcha el auto, cayó sobre los novios una lluvia de arroz, arrojada por los invitados como voto de bienandanza.

Deseamos a las tres nuevas parejas santanderinas toda suerte de venturas.



PETICIONES DE MANO

Ha sido pedida la mano de la señorita Encarnación de Neira, hija del coronel de Estado Mayor don Santiago, para el capitán del mismo cuerpo don Luis García Loygorri.

También ha sido pedida, por la distinguida señora doña Amalia Inguazo Parrés, viuda de Gandarillas, para su sobrino don Emilio Villa Inguazo, la mano de la señorita María Luisa Elizaga y Ojeda.

La boda se celebrará en el corriente mes.



La señorita Elisa Canales y don Ernesto Alday, después de recibir la bendición nupcial. Fotografías Samot

NUESTRAS GALERÍAS NACIONALES

EL MUSEO DEL PRADO

NUESTRO Museo, el museo por antonomasia, el más típico y el más universalmente conocido, es el Museo del Prado. Despreciemos las comparaciones que siempre resultan odiosas, no neguemos los valores de los demás museos, y sin marcar diferencias ni antigüedad, hagamos un estudio ligero y reducido en que se marquen las líneas características de la verdadera fisonomía espiritual, y estructural arquitectura, del Museo de Pinturas.

Y hagámoslo con aquella serenidad y alteza de miras propias de los espíritus creadores de los templos de las Musas, de las civilizaciones romanas, que trocaron el culto a las deidades por verdaderos centros complejos de Arte y Ciencia; y de aquellos otros que adicionan bibliotecas, depuradoras de toda enseñanza.

Saciémonos de aquella cultura de la edad media, que forman las colecciones de riquezas inapreciables, que a par que nos injerte la savia necesaria para el mejor triunfo en la evolución de nuestra idea, quede fijados los primeros jalones de toda historia de Museo.

No se detenga nuestra pluma en el análisis del problema concienzudo, de colocación de las joyas que en él se atesora, ya prevalezca un orden cronológico, un sistema etnográfico, o una clasificación ligada a la naturaleza misma del objeto expuesto. Señalemos su nacimiento, indiquemos su carácter, y estudiemos una vez más, con traducción pública, su actual distribución; dejando en luminosa estela, un resumen o compendio biográfico del Museo del Prado.

Enlazando ideas, podemos establecer como resultante de esta unión, consecuencias que bien pueden llamarse históricas. Las suntuosas colecciones privadas, verdaderos museos particulares, fueron disgregándose lentamente en donaciones temporales, a patronatos, capillas, conventos, iglesias y parroquias, que en unión de las luminosas decoraciones de los fresquistas de fines del siglo XVII, formaron en estos sagrados lugares esa riqueza nacional tan admirada y cotizada por el extranjero. Que la codicia unas veces, y otras el abandono de estas piezas selectísimas, constituyeron la causa de la pérdida de nuestras tradiciones pictóricas, y con su huida a tierras lejanas, se debilita el valor moral de nuestra dignidad ciudadana.

Leyes desamortizadoras, extinción de cofradías, expulsión de órdenes religiosas, ciertos legados a manos del Estado y plausibles iniciativas regias, fueron los orígenes de la existencia de nuestros museos.

En paz España, en los últimos años del reinado

de Carlos III, pudo el Monarca agricultor, de nobles cualidades de Rey justo, compasivo, dulce y sencillo, fomentar las artes, con la valiosa ayuda de su ministro Floridablanca. Pensiones, fundación de seminarios, creación de centros de enseñanzas, divulgación de nuestro idioma; con canales, puentes y carreteras, fueron los estigmas benévolos, que quedaron reciamente impuestos, en nuestro cuerpo social, en este período brillante de nuestra historia.

Movido el Rey por los fructíferos resultados de su activa propaganda, encomendó a su genial arquitecto, Juan Villanueva,—autor de las obras de mayor carácter de nuestro Madrid—la construcción de un edificio, para que tuviera realidad la idea de Fernando VI de establecer un Gabinete de Historia Natural que al mismo tiempo fuera riquísimo museo, con su observatorio y jardín botánico para exposición de productos naturales y análisis químicos.

Este edificio, presagando sin duda sus creadores la delicada y transcendental misión que iba a desempeñar, fué emplazado al término más concurrido y favorito de aquellos tiempos y de sus sucesores. En medio de espléndido arbolado, y en el remanso de la colina, donde se alzó el convento de Padres Jerónimos, ese templo de hoy, de gusto gótico, mudo testigo de nuestras bodas reales.

Bello lugar en donde quedó encerrado el esparcimiento del pueblo; el refinamiento de una clase; y el paraje místico donde los impulsos amorosos de nuestros monarcas y sus enlaces concertados, quedaron sellados con el lazo indisoluble del matrimonio.

Terminada la obra, su estilo era propio para su finalidad, dada la desorientación de la arquitectura en esos momentos; y a su decadencia, hay que añadir, el personalismo de su autor. Triste y azarosa vida pasó el edificio, hasta que los ruegos de aquella bondadosa Reina, de angelical figura y soñadores ojos, Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII, y de su profesor José de Madrazo pudieron conseguir por amor a su pueblo y aficiones artísticas, se congregasen en el nuevo Museo la herencia que austriacos y borbones habían legado en obras de Arte. Pero la muerte, con su frío glacial, heló los cálidos deseos de la malograda Reina, sin verlos realizados. En 26 de diciembre de 1818 el pueblo de Madrid lloraba a su Soberana; los españoles, siempre aflictivos, rendían el último tributo a su idolatrada madre.

Don Carlos y María Luisa, figuras y reinado tan majestuosamente dibujado por Goya en los lienzos que en su mayor número y calidad retiene nuestro Museo, también partían de este mundo, en Enero de 1819, siendo transportados sus cuerpos de Nápoles al Escorial, para su descanso eterno; después de su penoso y triste desierto, al perder un trono por intrigas y conspiración de sus propios hijos. Y en 19 de Noviembre de igual año, se inauguraba el Real Museo del Prado, por don Fernando y doña María Josefa Amalia, su tercera esposa, unidos en matrimonio en Octubre de 1819.

Aciago destino de este templo, que abrió sus puertas cuando su angel tutelar y el rey creador, descansaban sus vidas. Cinco fueron las salas que quedaron terminadas en su primer año. El paralelogramo trazado para darle forma, quedó limitado por tres fachadas principales y una interior; armónicas entre sí, aunque de carácter diferente. La principal mira a poniente, está centrada por un peristilo dórico, con dos cuerpos laterales de dobles galerías de columnas jónicas. Adornan su planta baja, piezas esculturales representativas de figuras de la Mitología, del Arte y de las Virtudes, con medallones de las celebridades españolas, en pintura y escultura. Remata su cornisa un friso en relieve, en que las Musas rinden homenaje a su Rey protector.

Guardián de esta entrada es Velázquez, inmortalizado en bronce por Aniceto Marín, y colocado en 1894 a instancias de los artistas, sus admiradores. Sentado en rico sillón, en actitud pensadora, medita quizá alguna de sus admirables composiciones. Al mismo tiempo que es fiel celador de las

terior; armónicas entre sí, aunque de carácter diferente. La principal mira a poniente, está centrada por un peristilo dórico, con dos cuerpos laterales de dobles galerías de columnas jónicas. Adornan su planta baja, piezas esculturales representativas de figuras de la Mitología, del Arte y de las Virtudes, con medallones de las celebridades españolas, en pintura y escultura. Remata su cornisa un friso en relieve, en que las Musas rinden homenaje a su Rey protector.

Guardián de esta entrada es Velázquez, inmortalizado en bronce por Aniceto Marín, y colocado en 1894 a instancias de los artistas, sus admiradores. Sentado en rico sillón, en actitud pensadora, medita quizá alguna de sus admirables composiciones. Al mismo tiempo que es fiel celador de las

terior; armónicas entre sí, aunque de carácter diferente. La principal mira a poniente, está centrada por un peristilo dórico, con dos cuerpos laterales de dobles galerías de columnas jónicas. Adornan su planta baja, piezas esculturales representativas de figuras de la Mitología, del Arte y de las Virtudes, con medallones de las celebridades españolas, en pintura y escultura. Remata su cornisa un friso en relieve, en que las Musas rinden homenaje a su Rey protector.

Guardián de esta entrada es Velázquez, inmortalizado en bronce por Aniceto Marín, y colocado en 1894 a instancias de los artistas, sus admiradores. Sentado en rico sillón, en actitud pensadora, medita quizá alguna de sus admirables composiciones. Al mismo tiempo que es fiel celador de las

primosas obras que salieron de sus manos y las de sus pretéritos y sucesores compañeros. Pero no es solo el inspirado pintor al que nos encontramos tan sabiamente reproducido; también es visión del caballero español del siglo XVII, soñador, pendenciero y amoroso; con su Venera de Santiago y su espada de taza y gavián. Siempre dispuesto a usar de ella para empresas mayores.

La parte sur de este Museo, está adornada con seis columnas estriadas; un balcón colgante, con una puerta de carruajes, centra su línea. Otro pintor, sevillano, también con su mano apoyada en los pinceles, joven, con traje artesano y capa popular, parece orgulloso, defendiendo, con su atrevida mirada, nuestra clásica colección, obra de don Sabino Medina y Peñas.

La puerta de más corriente entrada ha sufrido la natural modificación al adosar la escalinata de

acceso, reforma obligada al perder su línea rasante, por los trabajos de desnivel, para embellecer aquella zona. La que puede llamarse línea interna del Museo, dá a los Jerónimos. En ella, y sin perder el carácter general de la obra, quedan superpuestos los pabellones de las veintidós salas nuevas.

En su interior, su esqueleto es bien sencillo. Una rotunda de columnas jónicas simétricas a las del exterior, seguida de una galería central, preparan al visitante su espíritu; por su grandeza, su marcada expresión de eternidad y su reflejo sepulcral.

En este nuevo Partenón, álzase como en el templo de Atenas, su Minerva. La Diosa romana, ídolo de los griegos, tiene aquí su segunda divinidad de sabiduría y guerra, en la gallarda figura de Carlos V, que en actitud de victoria, apoya su lanza

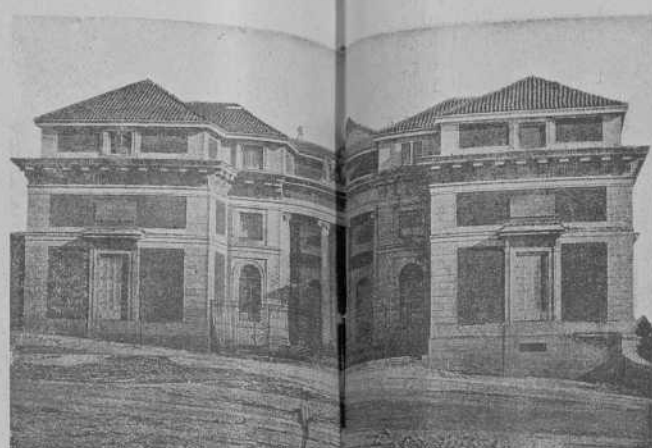
Muchas han sido las modificaciones que estas obras han sufrido, hasta lograr una colocación definitiva. Varias han sido también las donaciones de cuadros, a nuestra Galería Nacional. Desde el año 1820 al 39 fuéronse abriendo nuevas salas. En 1827, cedió Palacio el «Pabillón de Valladolid» de Velázquez y la Academia de Bellas Artes de San Fernando, «La Danae» de Tiziano y las «Tres Gracias» de Rubens. En 1837 y 39, se aumentó su tesoro con obras traídas del Escorial de autores italianos y flamencos. En ese mismo año son regaladas las famosas alhajas, herencia de Felipe V, que destinadas el año 1813 al Gabinete de Historia Natural, formaron parte del despojo de los invasores y que, en unión de otros valiosísimos objetos, salieron de España en la triste expedición francesa, siendo restituidas en el año y aindicado, para ser robadas y mutiladas en 1918.

En los años 1836 y 37, la junta de profesores llevó a cabo una requisa en conventos e iglesias, recogiendo y colocando en el Museo las obras en depósito en esas santas moradas. De esta época procede la colección del Museo de la Trinidad. En el año 1899, se verifica la apertura de la sala de Velázquez, con un celebrado discurso de Aureliano Beruete y Morret, autor de la inmortal obra, sobre la vida de este pintor.

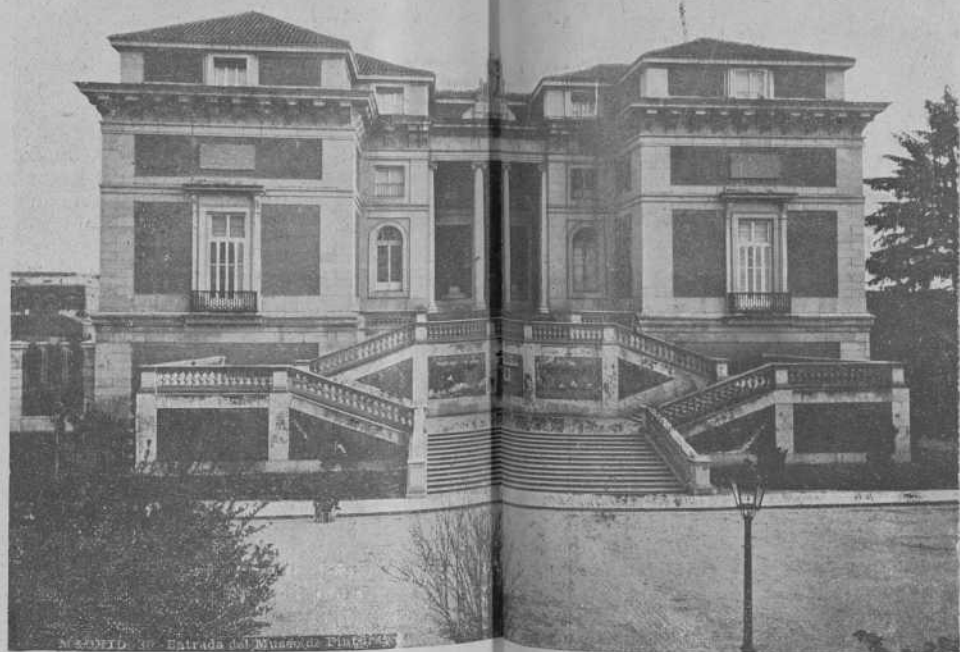
Pero sus modificaciones más acentuadas y de mayor eficacia, son las últimamente realizadas. El 19 de mayo de 1920, en salas de nueva construcción, se recogen las piezas selectísimas francesas de Poussin, Lorena y Wateau, constituyendo un acierto su colocación; Francia, adelantándose a nuestro país,

amillando al Otomano. La galería central une las fachadas norte y sur del edificio, que con sus pabellones laterales constituyen la planta principal. Un piso bajo y otro superior forman la totalidad del edificio. Su distribución estética y su fisonomía espiritual, son las siguientes: Pabellón norte: lado derecho; escuela primitiva flamenca. Paisajes y asuntos religiosos, belleza y misticismo natural. Lado izquierdo: Renacimiento italiano. Línea y forma helénica. Pabellón sur: Rivera en su centro. Lienzos negros, asfaltados. Misticismo pasional. Lateral izquierdo, escuela Holandesa. Humorismo regional y cómico.

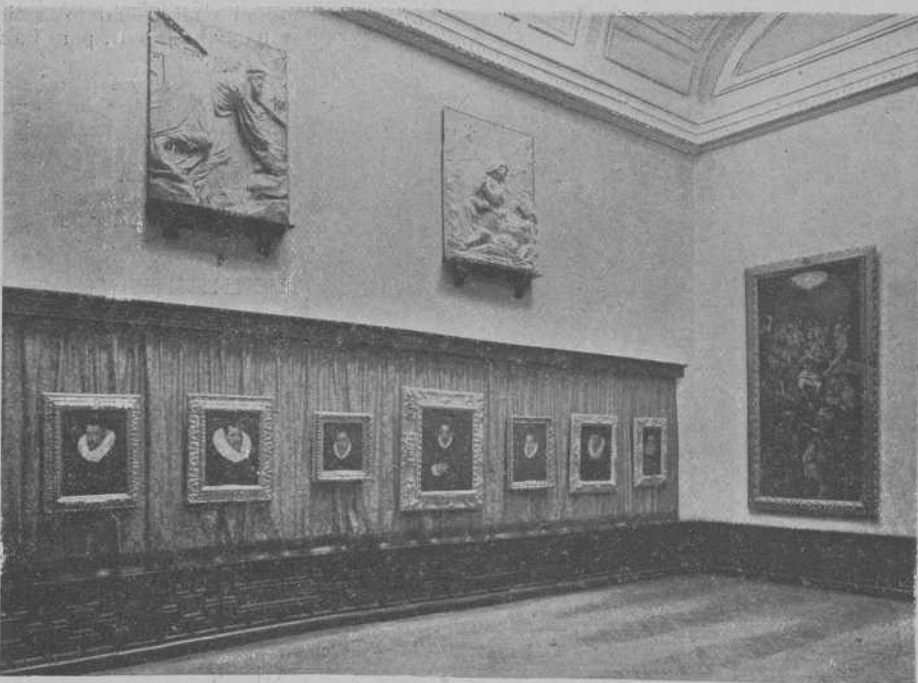
Galería central: selección española hasta mediados del XVII. Falta de carácter por ser compleja y varia.



El Museo de pinturas de antes de su reforma.



El Museo nacional del Prado, en la actualidad. Fachada principal y escalera.



Un rincón de la sala del Greco. En el centro, «el caballero de la mano en el pecho».



Aspecto de una de las salas dedicadas al arte francés.

La mitad de esta galería está hoy en reparación, y la antigua sala de Murillo, con Goya, provisionalmente. En esta sala, a modo de boceto, sobresalen los puntos culminantes de la producción goyesca, simplificados en su unidad.

Pabellones laterales de la galería: escuela Veneciana. Escuela de la luz, del color, líneas, formas y asuntos, de amor idealista; técnica fundida, con tendencia a la reforma. Sala del Greco. Principios barrocos; misticismo de poesía griega; españolismo de raza del XVII. Velázquez: sobriedad y realismo, influenciado por los procedimientos esculturales españoles de su siglo; y por su italianismo visto a través de su visual austera. Salas Flamencas, poemas de amor profano. Desnudos, de belleza tranquila. Retratos de personajes, simbólicos del materialismo estético.

Planta baja: escuela francesa; del siglo XVII y XVIII, líneas, formas y asuntos, de amor mundano; paisajes simbólicos de indicios románticos; arte decorador. Sección de escultura; reflejo primitivo de arte perfecto. Legados de los Sres. Errazu y Bosch. El primero lo forma Fortuny y Madrazo (Raimundo); pintores del siglo XIX; pintura de género, dentro de la amplia clasificación de pintura de historia. Herederos directos del romanticismo y fundadores de la pintura al aire libre y del impresionismo. La colección Bosch es arte mixto de épocas, escuelas y nacionalidad.

Su piso superior está destinado a la escuela española del XVII, e italiana del XVIII. Luminosidad propia de los fresquistas de aquella época. Paisajes de Mazo de poesía tímida en lucha con su realismo. Y lienzos italianos del más intenso y fuerte barroquismo.

Muchas han sido las modificaciones que estas obras han sufrido, hasta lograr una colocación definitiva. Varias han sido también las donaciones de cuadros, a nuestra Galería Nacional. Desde el año 1820 al 39 fuéronse abriendo nuevas salas. En 1827, cedió Palacio el «Pabillón de Valladolid» de Velázquez y la Academia de Bellas Artes de San Fernando, «La Danae» de Tiziano y las «Tres Gracias» de Rubens. En 1837 y 39, se aumentó su tesoro con obras traídas del Escorial de autores italianos y flamencos. En ese mismo año son regaladas las famosas alhajas, herencia de Felipe V, que destinadas el año 1813 al Gabinete de Historia Natural, formaron parte del despojo de los invasores y que, en unión de otros valiosísimos objetos, salieron de España en la triste expedición francesa, siendo restituidas en el año y aindicado, para ser robadas y mutiladas en 1918.

En los años 1836 y 37, la junta de profesores llevó a cabo una requisa en conventos e iglesias, recogiendo y colocando en el Museo las obras en depósito en esas santas moradas. De esta época procede la colección del Museo de la Trinidad. En el año 1899, se verifica la apertura de la sala de Velázquez, con un celebrado discurso de Aureliano Beruete y Morret, autor de la inmortal obra, sobre la vida de este pintor.

Pero sus modificaciones más acentuadas y de mayor eficacia, son las últimamente realizadas. El 19 de mayo de 1920, en salas de nueva construcción, se recogen las piezas selectísimas francesas de Poussin, Lorena y Wateau, constituyendo un acierto su colocación; Francia, adelantándose a nuestro país,

concede entonces al director de este Museo, al malogrado Beruete, una de sus más preciadas condecoraciones. En 15 de septiembre de igual año, este mismo director coloca las obras del Greco en una sola sala. El poderlas estudiar en conjunto y la armonía de su decorado con la técnica empleada por el insigne cretense, fué un nuevo éxito que unido a la formación de las salas flamencas en 1922 y venecianas en 1923 constituyen toda la radical transformación. Otra magna por su sabor europeo, por su acertada sistematización, adecuada y racional colocación.

Dos imágenes de Cristo, supremas; el de Velázquez y el del Greco, fueron siempre objeto de una profunda y respetuosa veneración por el último director de este Museo, el preñado Beruete.

A impulsos de este gran amor, Beruete puso gran empeño en encontrar una completa instalación al popular Cristo velazqueño. Y así fué en 1921.

Esta obra, la más alejada de su realismo dominante, por la imposición del argumento, está realizada de un modo perfecto. Destácanse en ella dos notas esenciales: la eternidad y su espíritu religioso. Lo eterno, lo consiguió Velázquez, con la prolongada línea vertical de Jesús agonizante. Hondas raíces de la idea religiosa en la tierra y santificación de ella en el cielo. Cielo y tierra unidos en la figura de Cristo en la cruz. Lo religioso lo transcribe al lienzo con su arte sublime.

La cortina de fondo plegada en acentuada verticalidad; su color hermanado con la gama de las tintas empleadas en esta inspirada pasión y como basamento del cuadro, un altar, es la más acabada decoración a la estética de este Cristo.

Al morir Beruete, en las desoladoras horas del triste reposo de su macerado cuerpo, retenido con cariño antes de hundirse para siempre en el hoyo sacramental, velaron su cadáver estas afligidas figuras: el Cristo del Greco en su mansión familiar y el de Velázquez en este Museo del Prado, durante el tiempo que permanecieron sus restos expuestos al público.

Justo y único tributo, que recibió este admirable director por labor tan eficaz y permanente en pro del arte español.

Una de las visitas más íntimas y de mayor impresión que realicé a este Museo fué nocturna. Acompañado de su director y del inteligente humorista Gómez de la Serna, de celadores y guardias de noche, recorrimos su galería central y algunas de sus salas. Al penetrar en el desierto y tenebroso recinto, la débil luz de una linterna, llevada en mano de unos de los guardianes, rompió tímidamente el negro y espeso velo de la obscuridad. Nuestras pisadas al resonar en los ámbitos solitarios quebraron el silencio del lugar. La galería era un misterioso laberinto de luz y sombra.

La luna, al filtrarse por las finas claraboyas de su techumbre, formaba un rayo fantasmagórico, una visión espectral, detenida en absorta contemplación ante el retrato ecuestre del Emperador Carlos V por Tiziano, colocado en aquellos muros por entonces. Quizá fuera el alma misma del decrepito veneciano—su autor—que viniera aprovechando la noche, a contemplar una vez más su obra favorita, la de su íntimo y protector monarca. Es la luna el único visitante que puede pasear altiva su figura por aquellas piezas miedosas, sin el veto de nadie.

Al abrir la sala de Velázquez, ante el escandaloso ruido de sus fuertes cerraduras, afirmaba Gómez de la Serna, haber visto correr en precipitada huida, las celebradas figuras de reyes, príncipes, infantes, enanos, bufones, nobles y cortesanos,—fruto cerebral del pintor,— y refugiarse en sus carcelarios lienzos, no sin antes reprocharnos duramente, con el gesto, nuestra atrevida entrada.

Al contemplar el lienzo de las «Meninas», apenas vislumbrado con nuestra mortecina luz, creímos percibir, que el festivo enano Nicolasillo Pertusato, en su desenfrenada carrera, había perdido su sitio habitual y escondiase detrás de don Diego. Asomando su aterrado rostro, miraba con espanto a la graciosa Infanta Margarita, que le enviaba una de sus más placenteras sonrisas.

No pudimos comprobar la veracidad de lo supuesto. Y allí, al cerrar a Velázquez y a su obra en su negra masa, quedó enterrada nuestra inquietante duda.

En otra sala, ante la imagen de talla de la Magdalena de Pedro de Mena, estudiamos en actitud donjuanesca, aquella otra víctima como Inés, del sensualismo amoroso. A los pobres reflejos de nuestra modesta luminaria, se dibujó el fino rostro de la pecadora, en un éxtasis divino. En aquel sepulcro nacional erigido como el de Don Juan, para el eterno descanso de las imágenes predilectas.

Las doce campanadas de la media noche sonaron en el reloj parroquial Jerónimo. Cuando abandonamos el Museo, dejamos el alma de la Pinacoteca sumida en su más intensa vibración.

Este Museo ha sido regentado por ilustres pintores, en épocas de ideas bien diferentes.

Desde don José de Madrazo, hasta don Fernando Álvarez de Sotomayor el actual superior, han desfilado por su Dirección, don Juan Antonio Ribera, don Federico Madrazo, don José Palmaroli, don Luis Álvarez, don Francisco Sams, don José Villegas y don Aureliano Beruete. Desde el año 1912, existe un consejo superior, o

Patronato, creado por el ex ministro liberal don Santiago Alba, cuyos primeros patronos fueron: el duque de Alba, don Gustavo Batier, don José

varones un éxi'o franco en su Museo, que España recordará siempre.

A la muerte de su inteligente compañero de dirección, supo continuar los trabajos y completarlos, sin romper la unidad y trama de aquel pensamiento creador, tan personalísimo de su autor, por ser artífice de su realización y parte integrante en la concepción de la idea.

La subdirección ha sido siempre técnica de Bellas Artes. En el día de hoy, no pierde el tecnicismo. Un técnico de artes liberales, no gráficas, un crítico, un historiador, resuelve con profunda competencia los problemas de iconografía de las obras, atendiendo a la historia, costumbres, decorado e indumentaria, al par que estudia su catalogación y estado comparativo a través de los hechos acaecidos en la vida de los pintores. Todo el sabor de escuela, toda muestra de enseñanza y difusión de cultura, está dignamente representado en don Francisco Javier Sánchez Cantón.

Tres dependencias llevan consigo el mantener vivo el fuego sagrado, traslucido, en la marcha rítmica, en el avance decisivo, en pro de su vida artística.

La restauración y forraje de lienzos, a cuyo frente se encuentra el reputado conservador señor Amutio.

La Secretaría, para el desenvolvimiento administrativo; distinguiéndose en sus primeros trabajos de formación una ilustre personalidad de elevada alcurnia, don Agustín Iriarquez,

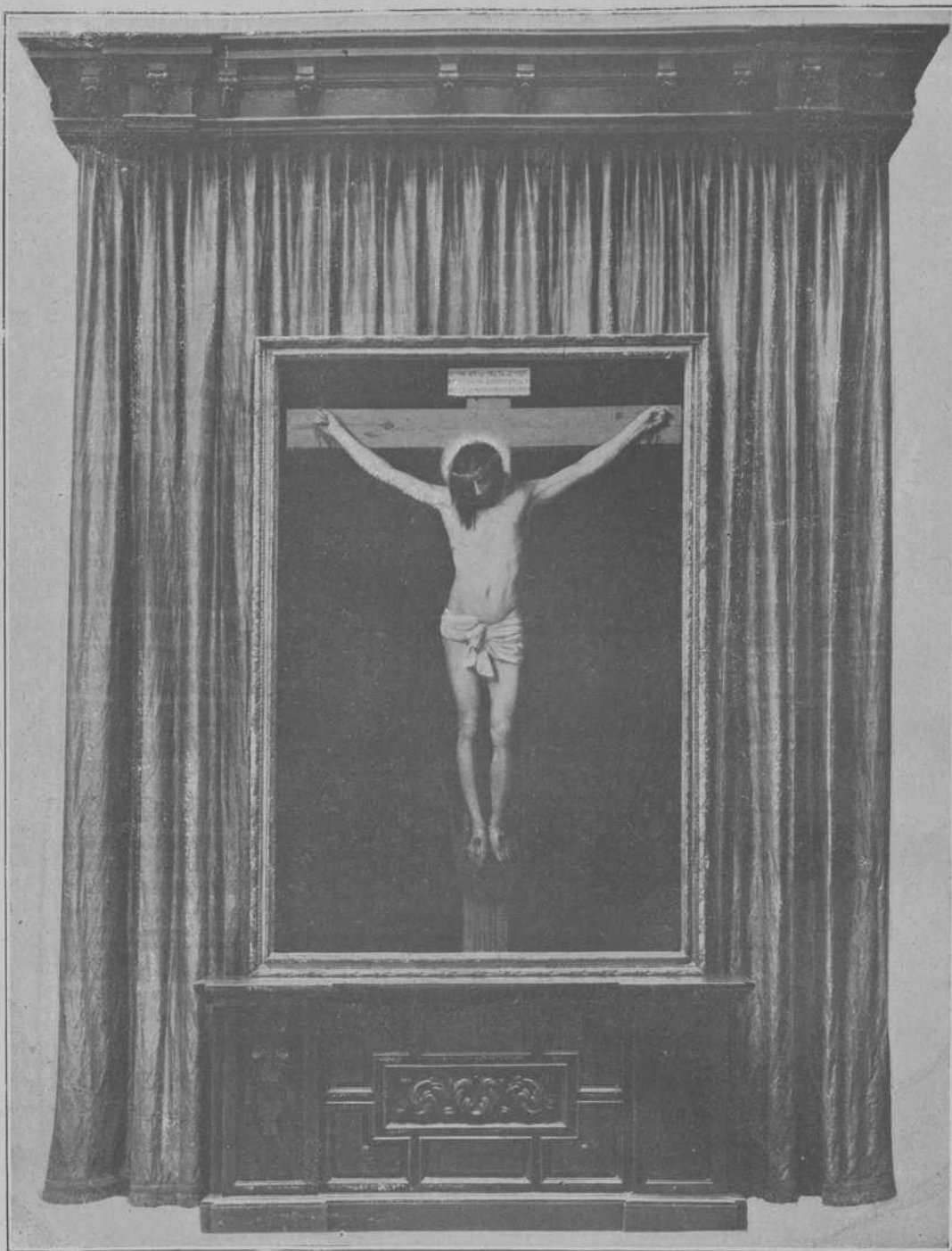
marqués consorte de Ariza, emparentado por su matrimonio con el entusiasta protector de toda cultura: el duque de Berwick y de Alba, don Carlos Miguel. Este aristócrata fue nombrado en 1823 por Fernando VII, Director de la parte gubernativa y económica, naciendo de este modo la necesaria y tradicional dependencia del gobierno interior de la artística casa.

Dos probos funcionarios del Estado, los señores Beroqui y Carreño, sostienen con su constante celo la brillante herencia que en ella se conserva.

Por último, la biblioteca - archivo, aún no terminada, pero selecta en número y calidad, se debe a los concienzudos y doctos señores Allendesalazar y Angulo.

He aquí nuestro Museo, reseñado en leves líneas faltas de competencia, pero saturadas de profunda admiración para sus excelsos fundadores, inclitos reformistas, como también a los sabios maestros reveladores con sus triunfos de los secretos del color, progenitores de escuelas y acabadas formas plásticas de belleza insuperable.

JULIAN MORET



«Nuestro Señor Crucificado», famoso lienzo de Velázquez—joya inapreciable de nuestro Museo—, en su colocación actual.

Lázaro, don Jacinto Octavio Picón, don Pablo Bosch, don M. B. Cossío, don Aureliano Beruete y don Alejandro Saint-Aubin. Esta loable institución fué aumentada, y en la actualidad se compone de diez y seis miembros.

Como recientemente he dicho, don Fernando Álvarez de Sotomayor ocupó la Dirección por méritos propios. Activo y habilidoso, coadyuvante de Beruete, consiguieron estos preclaros

En uno de sus famosos discursos dijo en cierta ocasión don Antonio Cánovas del Castillo:

«Por la madre y por la Patria siempre, con razón o sin razón...»

Las palabras del gran estadista no las hemos olvidado. Las recordamos hoy, las repetiremos siempre.

UN BANQUETE EN LA NUNCIATURA

DEBI hablar en algún número anterior de VIDA ARISTOCRÁTICA de este banquete de la Nunciatura, banquete al Rey, y de muy alta significación. Pero—y ya lo he dicho en otra parte,—*cada día trae su propio afán*, y no tuve hasta ahora sazón ni lugar oportunos para hacerlo.

Pienso, además, que al escribir de esto, invado un terreno que no es el mío, ya que nunca en mi vida fui cronista de *sociudad*, ni creo que sirvo para tales menesteres. Y por excepción, voy a serlo ahora, a causa, sólo, de la gran trascendencia de ese banquete. Y basta de preámbulos...

Los diarios dieron cuenta de él, al día siguiente de celebrado. Y fué ofrecido al Rey—como decía antes,—por mi noble e ilustre amigo Monseñor Federico Tedeschini, Arzobispo de Lepanto y Nuncio Apostólico en España; y con motivo de la imposición de la birreta cardenalicia a los Arzobispos de Granada y de Sevilla. Y asistieron a ese banquete, además del Rey, y de los nuevos Cardenales, preclaros miembros del Cuerpo Diplomático, el Presidente y el Vicepresidente del Directorio Militar, los ablegados y los guardias nobles pontificios, venidos a España con la ocasión ésta; varicos nobles, Monseñor Antonio Guerinoni, Auditor de la Nunciatura, canonista insigne, y Monseñor Antonio Gómez, capellán del Nuncio, culto y ejemplarísimo sacerdote, de una modestia cautivadora, contreráncero de quien esto escribe, y excelente y leal amigo. ¡Quedan tan pocos de estos!...

Marco propio, en realidad de verdad, para esa hermosa fiesta, el Palacio de la Nunciatura, señorial, austero, y aquellos sus próceres salones, *fuga di camera*, como oí en Italia, y tan semejantes a los palacios, en la Ciudad eterna, de los Odiscalchi, de los Colonna, de los Farnesio, de los Barberini, de los Doria, de los Borghese, de los Médicis... ¡Los salones, de distinción suprema, de alta y subyugante majestad, en que los ojos y el espíritu se pierden en la contemplación de tantas cosas bellas, en el Palacio de Nunciatura de Madrid!... Pues allí podeis ver, con fruición hondísima, en esos salones, decorados con todo el gusto y toda la suntuosidad de otros siglos, los cuadros de religioso asunto, de gran mérito; los preciados tapices, que en mí evocan el recuerdo de alguno de los tapices del Cardenal Portocarero, luciendo en la fachada de la Catedral toledana el día del *Corpus*; las suntuosas mesas de anacarbo y de ébano, incrustadas en marfil y nácar; los macizos bronceos, los espejos de época, cuyas pálidas y amortiguadas lunas aún devuelven finos e inteligentes, y nobles rostros prelatiños de otros tiempos; los relojes áureos, ya cansados de señalar horas tras horas,—¿felices? ¿tristes?... ¡quién lo sabe!—relojes de *sonería* antigua, de música, que cuentan muy tímida y lentamente el tiempo; los candelabros repujados, las muelles alfombras, las artísticas pinturas de los techos, de los que penden unas regias arañas... ¡Qué perspectiva, desde el recibimiento, casi al lado del comedor de gala, de los tres salones que conducen al Salón de Embajadores, donde yo tengo el gusto de hablar de alma a alma, diáfana y lealmente, con el señor Nuncio, complaciéndome de extremada suerte en las dulzuras, ignoradas de la mayor parte de los hijos del hombre, de ese sentimiento que el gran Lacordaire llamó *divino*, el sentimiento de la amistad! El salón tapizado de terciopelo granate obscuro, en primer término, y donde suelen esperar los visitantes del señor Nuncio. Luego el salón azul,—el que a mí más me gusta,—¡aquél salón bellísimo, de paredes tapizadas de raso azul pálido, par igual al color de la fastuosa sillería, y en el que esperais ver, más que a las gentes de los días nuestros, indumentadas conforme al anti estético figurín moderno, a las damas y a los *gentiles uomos* coetáneos de Mozart el divino! Y creéis que va a sonar, de un momento, a otro,

del salón en el ángulo obscuro,
no el arpa de que habló el nostálgico Gustavo Adolfo, sino un suavísimo y dulcísimo *clavecino*, tocando las ingenuas sonatinas de Floriano Marchesi, o alguna galante gavota de Scarlatti,

las que oyeron los jardines de la Granja, en los días de Felipe V el *animoso*. Si, sí; ese salón azul de la Nunciatura de Madrid, en el que se destaca bellamente del fondo azul, el violáceo tono de la birreta y de la faja prelatiña del señor Nuncio; ¡cómo me habla, cuando en él estoy, de clavicordios chapeados de nácar, de cortesanas pelucas polvoreadas de blanco, de florlizados y crugientes casacones sederos, de abates, de obispos, de Cardenales *de los días aquellos*; de cuadros de Wateau, de Fragonard, de Buchner, de Lancret, de Boucher; de arquitecturas de Mansard, de porcelanas de Sevres, de los lindos *secretaires*, y de las mesas de piernas encorvadas, de Boulé; de las *cómodas* de Risenour y de Leleu, de las marqueterías de Carlin y de Chevalier, de los bronceos prodigiosamente cincelados por Caffieri y Gouthieres, de los grabados y dibujos de Saint-Aubin, de Binet, de Gravelot, de los ángeles y de las ninfas de Cochin, de Clodion, del minueto de Bocherini o del Don Giovanni, de Mozart. ¡El salón azul de la Nunciatura!... Yo no acierto nunca a dejarlo,—¡tan bien estoy allí!—viendo en derredor mío, metiéndome por los ojos, y poseyéndome en los instantes esos, el azul celeste, de ensueño, de poesía, de idealidad. Y sobre mi cabeza, aquel hermoso y admirable fresco, que me parece siempre—y así se lo digo al señor Nuncio,—como la célica apoteosis, por la pintura, de Beatriz de Portinari, como lo fué por la *Divina Comedia*, en los inmortales tercetos dantescos. ¿Es Beatriz, la ideal florentina, la que en ese fresco del salón azul de la Nunciatura esparce flores sobre una nube? Los labios de *ella*, que a todas las demás figuras de ese fresco señorea y domina,

sicut viburna inter cupressi,
parecen repetir estos versos del sublime Poema:
*Sopra candido vel, cinta de oliva,
donna m'apparve sotto verde manto,
vestita di color di fiamma viva...*

Debe ser, sin duda, Beatriz, tal como Dante Alighieri la vió un día, saliendo ella de la iglesia de San Miniato. Y, luego, el salón rojo, el salón del trono. En ese trono, y bajo un esplendísimo dosel de terciopelo, orlado de oros, se ve el retrato del actual Papa Pio XI, Papa inmortal,—bien puede vaticinarse esto,—entre los más gloriosos sucesores de Pedro, *Cefas*; Papa sabio, Papa bueno, caritativo, inmensamente caritativo, Papa clarividente y, elegido, en verdad, por altísimos designios providenciales, para nuestra época, y sólo para ella; Papa de quien hubieran dicho grandes cosas Luis Pastor, o Leopoldo Ranke en su *Kirchliche und politische Geschichte der Papste*. Y junto a ese retrato de Pio XI, en el salón del trono de la Nunciatura y acompañándole espiritualmente, fraternalmente,—¡la tierna y santa comunión de almas!—el retrato del Papa Benedicto XV, antiguo Secretario de esa Nunciatura; el del Papa Pio X, el modesto, el sencillito, el pacífico, el santo, y el del Papa León XIII, el gran político, el intelecto excelso, el renovador insigne de los prestigios medievales del Papado, el de las encíclicas admirables, definitivas, que hubieran resuelto pacíficamente y de todo en todo, la pavorosa cuestión social, esfinge para todos los rectores sociales contemporáneos, de haberse aplicado, por los más obligados a hacerlo, *en espíritu y en verdad*, y por donde duele... pero que quedaron casi incumplidas, y en la región abstracta de las teorías, como tantas otras sublimes enseñanzas, superiores aún a esas encíclicas. Y contiguo al salón del trono, esotro, suntuosísimo, regio, de Embajadores.

Y si la perspectiva de esos salones es siempre bella durante el día, y al claror del sol que en ellas entra, tímida y respetuosamente, tal que en la celda de una monja, o en la placidez de un presbiterio, aún resulta muchísimo más bello, al claror fantástico y misterioso de los candelabros bronceos y áureos, y de las arañas magnificentes, dignas, algunas de ellas, de la Catedral de Toledo, o de un Palacio Real o principesco.

¡Oh!... en esa noche del banquete, el Palacio de la Nunciatura, ¿no es cierto que estaba ideal? ¿No es cierto, que apercebido y enojelado hermosamente, cual la bíblica *Sunnamita* del *Cantar de Cantares*, parecía un pala-

cio de los Médicis florentinos, en los tiempos aquéllos que recuerda en su *Storia fiorentina* el historiador Guicciardini? O un palacio cardenalicio,—en los buenos días del poder de los Papas,—o principesco, en torno de la Basilica Vaticana, *lux mundi, sal terrae* ¡Qué deslumbramiento de luz, de magas e ideales policromías, de nobleza, de majestad, de dignidad altísima, en la noche esa, en la Nunciatura! Y en la galería, ¡qué soberbias plantas tropicales!... Y llegó la hora de los brindis, en aquel amplio y severo comedor, en cuya mesa, cubierta de flores, cuatro enormes candelabros argénteos, esparcían su luz, y esplendía suntuoso un centro también de plata, regalo del Emperador de Austria Francisco José. Y habló el Nuncio, dirigiéndose al Rey, y habló con su habitual elocuencia, elevada, digna, espiritualísima, diáfana y cordial, sin vanos arrequives, ni complicaciones de ningún linaje; elocuencia que me recuerda a veces algún friso, algún bajo relieve del Parthenon, o esotra belleza, serena, reposada, augusta, que parece exhalar de casi todas las pinturas de Rafael, en frase de Quatremère de Quincy, en su *Histoire de Raphael*, y de algunas estatuas de aquel gran solitario, de aquel hombre de *las tres almas*,—al decir de Vasari,—que se llamó Miguel Angel Buonarroti.

Habló el Nuncio,—decía,—vibrando como siempre en su verbo cálido, su amor a España, *la sua diletta e prediletta Spagna*, como también dijo el Papa XI, en una dulce y abribeña mañana del año 1924, en el Vaticano, a unos peregrinos españoles. ¡Cómo, cómo ama el Nuncio a España!... Y he aquí que al hablar de esto, vienen a mi recuerdo otros dos Nuncios que amaron mucho a la patria nuestra, aparte de los Nuncios de estos últimos tiempos; Ragonesi, Vico, Rinaldini, Nava di Bontifé, Cretoni, Di Pietro, Rampolla... quienes mucho se identificaron con nosotros. Mas tanto como este señor Nuncio, como Monseñor Tedeschini, no, no... Dos Nuncios, ambos del siglo XVI, me recuerda siempre el Nuncio actual, y me recordaba singularmente el discurso, rebotante de españolismo, de ese banquete. Al Cardenal Salviati, Nuncio del Papa Clemente VII, en el reinado de Felipe II, y que con la Corte de éste vivió en Toledo; y aquel otro Nuncio, aún más joven que Monseñor Tedeschini, del Papa Gregorio XIII, Alejandro Frumento, Legado Apostólico en Portugal. Amó tanto a España, y las cosas de España, que por conocer la excelsa Metrópoli que hasta hacía muy poco fuera la Corte de ella, vino de incógnito a Toledo, y en Toledo murió, en 17 de Octubre de 1580, en una de las posadas públicas, casi súbitamente, de una inesperada y mortal dolencia. El Cardenal Quiroga, Arzobispo entonces de Toledo, lo visitó repetidas veces en su posada, rogándole que se fuese a vivir con él a su Palacio, a lo cual no quiso acceder Monseñor Frumento. A su muerte tan sentida, el Cabildo de la Iglesia Primada dispuso en honor de él exequias solemnisimas, y que se le diese sepultura en la Capilla de San Ildelfonso, en la Catedral. ¡Y con qué emoción leía yo de nuevo, hace poco, muy poco, en mis recientes días toledanos, y en la noble convivencia con mi ilustre amigo el Cardenal Arzobispo don Enrique Reig y Casanova; en esa Capilla, y junto al sepulcro de aquel gran carácter, de aquel gran español, el Cardenal don Gil de Albornoz,—allí traído en hombros desde Viterbo, donde murió en 1364,—el docto epitafio que decora la tumba de ese Nuncio que tanto amó a España!... ¡Tumba de piedra negra, con filetes dorados, tumba severa, fúnebre, muy fúnebre, con la cruz arzobispal sobre la urna! Y en ella, esta inscripción, que quiero traducir del latín: «A Dios omnipotente y grande. La familia poseída de triste sentimiento, puso esta memoria sepulcral a su benignísimo patrono Alejandro Frumento, varón singular en sabiduría, prudencia e integridad de costumbres, el cual habiendo sido enviado por el Sumo Pontífice Gregorio XIII, como Nuncio suyo a Portugal, volvía a Italia, después de haber desempeñado sabiamente su misión, y héchose por ello acreedor a mayores honras y destinos, y fué arrebatado por una muerte cruel, en la flor de su edad.» «El Papa—dicen las crónicas toledanas,—quedó por todo

muy agradecido al Cardenal Quiroga, y al Clero de la Imperial Ciudad.»

Y el amor del actual Nuncio a España, culminó, por eminente modo, en ese discurso, reproducido al día siguiente por muchos periódicos, por lo cual yo no debo transcribirlo íntegro en este artículo, como he transcrito su admirable discurso pronunciado recientemente en la sacristía de los Jerónimos de Lisboa, en las fiestas centenarias de Vasco de Gama.

Pero hay algo en el discurso del Nuncio al Rey, en esa fiesta de la Nunciatura, de grande interés, de actualidad grandísima. «¡Nunca han hecho recordar los españoles—decía el Nuncio—la parábola evangélica del Hijo pródigo, como ha ocurrido tantas veces en la historia de la gran familia de Cristo!...» ¿Serían estas elocuentes palabras del señor Nuncio inspiradas, sugeridas, tal vez por ese confiado optimismo, por esa nobilísima buena fé, por esa su perenne frescura y efusión cordiales, tan propias y características de Monseñor Federico Tedeschini? ¿No habrá por ahí, en derredor nuestro, y codeándose acaso con nosotros,—aún con los más solitarios, y más apartados de la ruín tarántula del mundo, y de sus pompas, *flor del heno, vanidad de vanidades y aflicción de espíritu*.—muchos hijos pródigos, a la hora de ahora, y si no colectivamente, individualmente?

Elocuentísimo, asimismo, lo que en ese brindis dijo el Nuncio; «del afecto, como nota singularísima, de las relaciones de España y de la Santa Sede, afecto, que a veces,—añadía,—se ha alimentado de temores, porque quien ama, teme...» Si, y teme siempre, hasta morir... ¡Y qué pocos amores, qué pocos afectos perma-

necen firmes y seguros sobre la tierra; esta nuestra tierra, de existencias prestadas, de amores de un día! Y aún en los amores que diríanse más firmes y seguros, sellados—en lo que es posible en la vida, y al inconsciente corazón humano,—con el sello y crisma de lo inquebrantable, de lo perenne, ¡qué temores, qué continuos y terribles temores, de que aquéllo que nosotros mucho amamos pueda sufrir el más leve quebranto o menoscabo, y ser anublado por la más ligera sombra!

Y muy español, aquello otro de ese discurso; «como el corazón de V. M. y como el de todo español, así mi corazón, *que no lo es menos*, se regocija en estos días, al saber que en Roma resuena con honor el sagrado nombre de España, y resuena único, incontrastable, soberano, como ayer resonó otra vez de nuevo en el Consistorio, en alabanza del gran Osio de Córdoba, presidente del primer Concilio ecuménico, el de Nicéa; como ayer y como hoy, y en todo el Año Santo, resuena, y habrá de resonar, en las fervorosas e innumerables peregrinaciones españolas del Jubileo, y como en Junio resonará, en la beatificación de una gloriosa hija de la hidalga nobleza española.»

Conmovedor, el final del brindis, cuando desea para nuestra Nación «las glorias con que los Reyes Católicos y el Rey San Fernando enaltecieron a Granada, a Sevilla y a España, para bien del gran pueblo español...» ¡El gran pueblo español!... ¿Podría hablar un español de raza, como habló el Nuncio? Así quiere él a España, noble, buena, abnegada, generosa, *cristiana de verdad*, y no con este cristianismo de *doublé* y de ruín laya, que a tualmente, y para

tremenda desventura nuestra, va invadiéndolo todo, las cumbres, lo mismo que los valles, atentos muchos, muchísimos, más que al *Reino de Dios y su Justicia, a la soldada, a la añadidura*. Y con cristianismo de este linaje, no se puede ir, no,—lo estamos viendo,—a ninguna parte buena.

Al discurso del Nuncio contestó el Rey con otro, que dieron los periódicos, y en el cual mostró una vez más su amor a España y a la Santa Sede.

Banquete trascendental—me atrevería a decir,—en los anales de la Nunciatura española, «pues era la primera vez—y así lo recordó el Nuncio en su brindis,—que un Rey de España era huésped de un representante pontificio.»

El señor Nuncio y el Auditor Monseñor Guerinoni, hicieron los honores de la Casa al Rey, y a los otros invitados, con su proverbial hidalguía y su encantadora sencillez, desposada en ellos con la más alta y prócer distinción.

¡Almas italianas!... ¡Italia!... ¡Italia!... ¿No es cierto que siempre son realidad para ella estas palabras de Guicciardini, en el Libro I, capítulo I, de su *Storia fiorentina*?

«Abunda Italia en riquezas y en población,—dice Guicciardini,—y la ilustra la grandeza de muchas almas próceres, el esplendor de muchas ciudades, muy nobles y hermosas, el ser asiento de la majestad de la Iglesia, y la abundancia con que produce hombres eminentes en todos los órdenes, versados en las ciencias, y famosísimos en las artes.»

ADOLFO DE SANDOVAL.

Mayo, 1925.

NUESTROS LÍRICOS MODERNOS

A ROMA

Para mi ilustre amigo, el Cardenal Benlloch.

¡Oh Roma! tus excelsos resplandores
Iluminan el tiempo y el espacio
Y eterna tú serás, Reina del Lacio,
Aunque guerras e incendios destructores,
Superando vandálicos furores
Te asolases. No importa que el palacio
De Césares y Papas, y aún de Horacio
La no envidiada casa, los horrores
Puedan sufrir de destrucción impia.
Mientras aliente el corazón humano,
Mientras haya cultura y poesía,
Triuntando seguirás, genio romano,
Luz del Derecho, fuente de armonía,
Sagrado centro del ideal cristiano.

CONDE DE MONTALBÁN

Roma, - 25 Agosto - 1923.

PARQUE EN LA CIUDAD

Parque en la ciudad... El sol
invernal, amarillento.
Hojas secas en la arena
del paseo...

Parque en la ciudad... Hay bancos
acogedores y buenos
de los que ofrecen reposo
al mendicante harapiento...
Altos árboles copudos
se recortan en el cielo...
Tras una verja, una estatua.
Rosas de perfume intenso...
Un triste sauce llorón
—que a veces agita el viento—
se inclina sobre el estanque
diminuto y verdinegro...
¡Parque lejos del bullicio
callejero!...

Parque en la ciudad... Los niños
saltarines y risueños
van a través de las frondas

contando cuentos ingenuos...

La canción de Alfonso XII
o la de Mambrú guerrero...

Alzan castillos de arena
con sus bracitos morenos...
En tanto que se hacen hombres
y punza el dolor sus pechos
¡respetemos la inocencia
de sus juegos!...

Parque en la ciudad... Dos sombras
te cruzaron hace tiempo.
Se encendían sus pupilas
con el dulce amor primero...
Después, los llevó la vida
por caminos muy diversos.
¡Pero siempre te recuerdan,
parque viejo!...

Parque en la ciudad... De noche
es augusto tu silencio...

La luna asoma su rostro
enharinado y clownesco...
Riela un lucero en las aguas
del pequeño estanque muerto...
¡Se ha dormido entre las rosas
un murciélago!...

Parque en la ciudad... El sol
invernal, amarillento...
Hojas secas en la arena
del paseo.

LUIS ARDILA

LA CARTA

Toca zagal, y de tu hermosa gaita
desata las armónicas cadencias;
quiero escuchar del pueblo en que he nacido
los dulces aires, las tonadas viejas.
Suene la gaita, pues, que a su conjuro
resurgirán mis emociones muertas
y aspiraré el efuvio de mis campos
y sentiré la brisa de mis selvas.
¡Música celestial! Yo te bendigo
porque el terruño amado me recuerdas

y me das el murmullo de sus ríos
y me pintas las nieves de sus sierras.
¡Música de la tierra en que he nacido!
Acaso alguien tu ritmo no comprenda,
pues sólo en la amargura del destierro
se entiende bien lo que tu canto expresa.
Mira, zagal, cuando pasado el tiempo
feliz el viaje hacia la Patria emprendas,
deja a quien queda desterrado y triste
la dulce gaita que a añorar enseña.
Y si el Señor mandara en sus arcanos
que lejos de mi pueblo pereciera,
quisiera moribundo que sus sonos
alegraran mi ser por vez postrera.
Dámela, sí, que si a mi débil cuerpo
un mar separa de mi hermosa tierra
el alma es libre y, del sonido en brazos,
irá volando a reposar sobre ella.

AGUSTIN DE FOXÁ

INGENUIDADES

El amor es como un tren
de lujo, grato y gentil,
y el dinero el vil carril,
sin el cual no marcha bien.

Antaño, se hallaba el móvil
del amor, en el hogar;
hoy se le suele encontrar
dentro de un buen automóvil.

El cerebro es piso cuarto
y el corazón, principal,
en éste pon el hogar,
mas mira desde el más alto.

Buscaba el buen pretendiente
casa bien acomodada,
y hogaño, es tan inconsciente
que se fija en la fachada.

Lo que menos valor tiene
en la casa, es la portada;
fíjate en lo que contiene
que lo otro no vale nada.

ALFREDO RENSHAW DE OREA

IMPRESIONES

De la capota, sobre las ruedas, parece rozar la blanca seda de los flecos de mi mantón, sus caricias suaves llegue tal vez a prodigarles en su lento pero continuo girar, bajo la diafanidad celeste en la que están

próximos a extinguirse los últimos dorados reflejos de este nuestro hermoso sol que puso en la fiesta de la tarde sus matices de oro.

Mecida por el indolente y voluptuoso vaiven, al rodar sosegado de mi *manuela*, yo contemplo este Madrid de mis amores con el mismo enbeleso que una madre pone sus ojos en aquel niño transformado ya en arrogante mozo. No soy de aquí; mejor dicho, no fué aquí donde nací. Esos labios que jamás nos mienten y besan con

ternura infinita, siempre puros, me causaron involuntarios este pequeño pesar que no llegó a dolor porque al nacer en España ¿qué más da uno que otro de sus bellos rincones?

De un lejano rincón allende el mar, español aún, apenas olvidados los primeros balbucesos, los azares de la vida, el destino que caprichosamente juega con nosotros, aquí me trajo y trasplantada la mata tropical a esta bendita tierra madrileña, en ella creció, echó hondas raíces su corazón.

Bajo las frondas tan añejas como hermosas del Retiro, o en su recortado *parterre*, y sobre la fina arenilla del antiguo salón del Prado, tuvieron lugar mis expansiones infantiles; más tarde Recoletos, la Castellana, fueron paseos predilectos de mi mocedad como también la simpática calle de Alcalá; cuantas veces al ascender o descender por ella he ocultado bajo un gesto indiferente la satisfacción que a toda mujer causa el piropo, ¡cómo recuerdo con la ilusión que por ella caminara cuando por vez primera dulcemente aprisionaban mi cabeza las ricas blondas!

A la par que mi vida transcurría, sucediéndose unas a otras épocas cuyo grato recuerdo jamás se olvida, Madrid de día en día fué evolucionando lenta pero continuamente. He visto trocar las mulas del tranvía por el motor, las piedras por el asfalto. Surgir en la árida llanura del Prado los bonitos macizos de vario colorido. Alzarse orgulloso el magnífico edificio de la central de Comunicaciones sobre el terreno de aquellos jardines llenos de evocación para nuestros padres que buscaron su frescor en las noches estivales, como más tarde nosotros. Desaparecer, poco a poco, al enérgico blandir de la piqueta, los enormes desmontes de Rosales hasta convertirse en lindísimo paseo, en el seductor Parque del Oeste que parece haber sido creado por algún mágico poder más que por la ruda mano del hombre. Abrirse grandes avenidas,

transformarse los comercios excesivamente modestos en lujosísimas tiendas, en almacenes enormes a los que se suele ir más a ver que a comprar. Y así, día tras día hoy una innovación y mañana otra, he tenido también la pena de ver cómo al avanzar el Madrid moderno, el clásico, el de las viejas leyendas, iba replegándose, re-

tornar blancos mis cabellos y encorvar mi talle, y aquí, es mi deseo, para siempre reposar bajo esta bendita tierra donde tanto gocé y algo sufrí, donde aprendí a llorar, a reír.

¿Un poco de frío? ¿Acaso un pequeño estremecimiento? El mantón, de la capota pasa a mis hombros y arrebuja en él trato de distraerese último triste pensamiento, mientras meclada entre la estrepitosa baranda, ya bajo la luz azulada de los enormes focos, sigue rodando, rodando mi *manuela*, con su inalterable sosiego, meciéndome con su lento vaivén.



* * *

Algo de sabor clásico perdió la fiesta, mas no su alborozo, el color vibrante lleno de luz y de emoción. Las fiestas populares son las que

plegándose, hasta llegar a extinguirse entre las sombras del pasado, dejando sólo algún rastro de él allá por las aún estrechas y castizas calles de los barrios bajos, donde el amante del antaño puede hallar todavía la evocación.

Sin apenas alejarme de la Corte, porque mis ausencias fueron breves, transcurrida toda mi vida aquí, sería ingrata si no la quisiera; por donde quiera que voy me salen al paso recuerdos gratos y tristes; aquí en este Madrid de mi alma, forjó mi mente las primeras ilusiones de mujer, construyó esa fragil torrecilla que la realidad siempre inclemente poco tarda en deshacer; aquí tuve mis horas alegres, amargas también como a todos nos sucede; aquí, si Dios no dispone otra cosa, los años se encargarán de

más hondo nos hacen sentir, porque en ellas el alma de la raza se refleja; cuando existen, aún modificadas, es que el espíritu indígena del país subsiste enérgico al través de las épocas y a pesar de toda evolución.

Antes, cuando nuestro divino Goya inmortalizara en uno de sus bellos lienzos la romería del Santo, eran las calesas de línea fina, airosa, las que empolvadas llegaban a la ermita; más tarde el *simón* o *manuela*, casi siempre al paso fatigoso del corcel vencido; ahora la algarabía romera parece extinguirse entre el estrépito de motores más o menos potentes, bocinas, sirenas. Pero a la Pradera se sigue yendo. El espíritu del Madrid de antaño conserva todavía a pesar de las invasiones cosmopolitas. Vedle alegre, dicharachero y novelero como antaño, gozar a este Madrid, cual si fuera un chiquillo, envuelto entre la densa nube de polvo y la humareda de los churros, subir en los tíos vivos más antiguos o modernos, parándose con curiosidad infantil ante una u otra de las barracas menos vistas, con los bolsillos llenos de golosinas y comprando baratijas a granel. Vedle danzando quedado con voluptuosidad algo árabe al son del pianillo; saborear por uno y otro lado la típica ensalada, refrescando la garganta en este o en el otro puesto y embobado al ver los chiquillos continuamente deslizarse por los altos terraplenes. Vedle, en fin, con qué fe bebe aún el agua de la fuente bendita, como su fervor no ha desaparecido del todo y en la Ermita entra respetuoso.

Y decídmelo si este Madrid de ahora que al correr de los tiempos y a pesar de las evoluciones ha sabido conservar lo típico, aquello que es la expresión fiel del hondo sentir, no oculta bajo esa frivolidad aparente un alma al temple del acero, que como antaño lo tuvo, tuviera ahora, si hiciera falta, su gesto enérgico y fiero para la defensa.

HESPERIA.

Fot. de R. González, de la Real Sociedad Fotográfica

EL DR. JULIA, CABALLERO DE LA «LEGIÓN DE HONOR»

El Gobierno francés acaba de conceder la cruz de la Legión de Honor al ilustre doctor en Medicina y Cirujía, D. Salvador Juliá, como premio a los servicios prestados a la causa de la libertad y la justicia durante la gran guerra.

Don Salvador Juliá hizo sus estudios como alumno interno en los hospitales de París y allí, además de adquirir su ciencia, aprendió a querer y admirar a Francia, que tuvo siempre en él un entusiasta defensor, sobre todo en aquellos días en que se desataron contra ella todas las pasiones de los elementos reaccionarios. Por eso la muestra de gratitud del Gobierno francés tiene un alto valor representativo y de justicia.

A las muchas felicitaciones que ha recibido el doctor Juliá unimos la nuestra muy sincera.

LA VIDA MADRILEÑA

En el Palacio de Fernán
Núñez:

DIMOS cuenta en nuestro último número, de la brillante fiesta celebrada en el palacio de los Duques de Fernán Núñez, a la que concurrieron los Reyes, los Marqueses de Carisbrooke, la Infanta Doña Isabel, el Infante don Fernando, la Duquesa de Talavera y un reducido número de aristocráticas personas.

En el precioso salón de baile se colocó un estrado. En él, ante un piano, dieron un notabilísimo concierto las artistas inglesas Madame Poldowski y Mlle. Olga Lynn.

Después del concierto, inició el baile S. M. la Reina, que lucía elegante traje de gasa de color rosa pálido y riviére de brillantes.

También llevaba preciosa *toilette* la dueña de la casa. Era su vestido brochado de plata y flores sobre fondo malva y se adornaba con varios hilos de perlas.

Entre las restantes damas que concurrieron a la fiesta, figuraban las Princesas de Hohenlohe y Metternich, Duquesas de San Carlos, Medinaceli, Alba, Mandas, Durcal, Santángelo, Montellano, Miranda, Infantado, Victoria, Unión de Cuba y Bivona; Marquesas de Santa Cruz, Isasi, Urquijo, Santa Cristina, Rafal, Villabragima, Laula, Aycinena, Someruelos, Ivanrey, San Miguel, Bendaña, Bondad Real, Valdeiglesias, Benamejí y Villanueva y Geltrú; Condesas de Heredia Spinola, Bulnes, Aguilar de Inestrellas, Lcs Llanos, San Luis, Villagonzalo, Puerto, Alcubierre, Yebes y Cuevas de Vera; Vizcondesas de Peña-Parda y Fefiñanes; señoras y señoritas de Falcó, Pereira, Castilleja de Guzmán, Castellanos, Camarasa, Arteaga, Bertrán de Lis, Heredia (Conchita y Julia), Scláfaní, Travesedo, Escobar y Kirkpatrick, Urquijo, Hurtado de Amézaga, Martos y Zabálburu, Morenes y Arteaga, San Miguel, Carvajal (Africa), Isasi, Tacón, Arces, Beistegui y Bárcenas.

Del Cuerpo diplomático, los Embajadores de Francia, que acompañaban a la distinguida dama francesa Marquesa de Armaillé; el Embajador de Alemania y la Baronesa de Langwerth-von Simmern; el de Inglaterra, lady y mis Rumbold, la Baronesa y Mademoiselle de Borchgrave, el Embajador de los Estados Unidos y Mrs. Martín, el Ministro de Polonia y la Condesa Sobanska, el Principe de Erbach y el Consejero de la Embajada de Italia, señor Macario.

Y entre otras muchas personas, el académico Marqués de Villaurrutia; los Duques de Miranda, Medinaceli, Alba, Montellano, Unión de Cuba, Infantado y Santángelo; Príncipes de Hohenlohe y Colonna; Marqueses de Santa Cruz, Argüeso, Valdeiglesias, Pons, Aycinena, Vinent, Villanueva y Geltrú y Villavieja; Conde de la Cimera, nuestro Ministro en el Japón, don José Caro, el señor Rodríguez Escalera y otros.

A la terminación del baile fueron obsequiadas las personas reales y sus acompañantes con espléndida cena. La mesa, donde se había servido durante la velada magnífico «buffet», aparecía adornada en su centro por jardineras con botones de rosas, de belleza extraordinaria.

Los Reyes, los Marqueses de Carisbrooke y los Infantes se retiraron del palacio de Cervellón muy complacidos por la brillante fiesta.

En la residencia de los Príncipes de Hohenlohe.

Una gran fiesta, una comida y un almuerzo interesante ha habido en el Palacio de los Duques de Parcent, ofrecidos por los Príncipes de Hohenlohe.

Fué la fiesta precedida de un banquete, que honraron los Reyes y los Marqueses de Carisbrooke. Los demás comensales eran, además de los Príncipes, la Princesa de Metternich, las Marquesas de Santa Cruz e Ivanrey y otras distinguidas personas.

La Reina Victoria realizaba su belleza con elegante traje azul pálido, *lamée* de plata; sobre la frente, magnífica cinta de brillantes y esmeraldas, y sobre el busto, varios hilos de perlas y una gran esmeralda, en la que fué tallada una cruz. De rosa, la Marquesa de Carisbrooke.

Muy bella, la Princesa de Hohenlohe, sobre cuyo traje, de terciopelo color pensamiento, se destacaban las insignias de la Orden de María

Luisa y de la casa de Hohenlohe y las palmas de Instrucción pública con que ha sido agraciada por el Gobierno francés. De joyas, collares de magníficas perlas, y en la frente un brillante, pendiente de un hilo de las mismas piedras.

Después de la comida, servida con el arte de aquella casa, pasaron los Reyes y sus acompañantes al salón grande de los Primitivos, para tomar el café.

Mientras tanto, congregáronse en la galería italiana la Infanta Doña Isabel y los demás invitados al concierto.

Este corrió a cargo de la «London Chamber Orchestra», que tocó muy bien composiciones muy interesantes.

A la media noche se sirvió magnífica cena. Antes se habían formado varias partidas de *bridge* y *mah-jongg*. El Rey se dedicó al juego chino. La Reina al *bridge*.

Y todos los concurrentes quedaron muy agradecidos a las atenciones de los espléndidos Príncipes de Hohenlohe.

Estos mismos señores obsequiaron noches después con otra comida, a un reducido número de sus amistades.

A ella asistieron SS. AA. los Infantes Don Alfonso y Doña Beatriz.

Después de la comida, el gran pianista Rubinstein dió un notabilísimo concierto. Para escucharle acudieron otros cuantos íntimos amigos de la casa.

El arte de Rubinstein triunfó en toda su plenitud y en toda su belleza.

Por último, también los Príncipes de Hohenlohe organizaron un almuerzo en honor del ilustre profesor sirio doctor Estéfano, que tanto hace en favor de la aproximación intelectual de América y España.

Los comensales fueron, además del sabio profesor, el mayordomo mayor del Rey y la Duquesa de Miranda, la Marquesa de Salamanca, distinguida dama argentina, que prácticamente trabaja por estrechar aquella unión; la ilustre escritora doña Blanca de los Ríos, que en su revista *Raza Española*, en sus conferencias y otros trabajos, labora sin descanso en pro de las relaciones hispano-americanas; el ex ministro don Antonio Goicoechea, que durante su permanencia en Cuba dió varias conferencias sobre este trascendental problema; el ministro de Méjico, señor González Martínez; el publicista don Alvaro Alcalá Galiano, el señor Sangróniz, del Negociado de Relaciones culturales, del Ministerio de Estado, y el señor Alvarez de Sotomayor, director del Museo del Prado.

En casa de la Condesa de Casa Valencia :

Honrada con la presencia de las Reinas, la Infanta Doña Isabel y los Infantes Don Alfonso y Doña Beatriz, se celebró una de las últimas tardes una brillante recepción en el hotel de la Condesa de Casa Valencia.

EL NUEVO MARQUÉS DE RUCHENA

Ha sido rehabilitado por S. M. el Rey el título de marqués de Ruchena—cuyo recuerdo está asociado a un hecho de armas de la guerra de Sucesión—a favor de don Gonzalo Fernández de Córdoba y Morales, personalidad muy prestigiosa en Granada, donde habitualmente reside.

El nuevo marqués de Ruchena, que pertenece a una ilustre familia, de la que es signo el histórico apellido que ostenta, por línea de los marqueses de Valenzuela, condes de Luque, es a la vez figura relevante de nuestro profesorado. Es catedrático de Derecho Internacional en la Universidad granadina y vice-rector de la misma.

Llevado a la política por su influencia en la histórica ciudad de Loja, la ha representado en diversas Cortes, y ha desempeñado cargos de importancia, entre otros, la dirección general de Agricultura.

Don Gonzalo Fernández de Córdoba está casado con doña Rosario Moreno Agrela, de esta distinguida familia.

A la fiesta asistió una distinguida concurrencia extranjera y española. De la primera formaban parte la Duquesa de Somerset, perteneciente a la más antigua nobleza británica; el Subsecretario de Cultos argentino e ilustre periodista señor Lainez y las señoritas de Otermain y Bellford, argentina y uruguaya respectivamente.

Del Cuerpo diplomático, el Embajador de Inglaterra y Lady Rumbold, el de Francia y la Condesa de Peretti, la Baronesa de Borchgrave, Ministro de Polonia y Condesa Sobanska; Consejero de esta Legación y señora Jelenska, señor Macario, coronel Marsengo y M. Le Bleson.

Entre las damas españolas, la Princesa de Hohenlohe; Duquesas de Montellano, Miranda, Infantado, Nájera, Arión, Torres, Vistahermosa, y Victoria; Marquesas de Viana, Mortara, Valdeterrazo, Jura Real, Bendaña, Salamanca, Romana, Llano de San Javier, Urquijo, Rafal, Triano, Laula, Salinas, Casa Torres, Medina y Selva-Nevada; Condesas de Paredes de Nava, Mortera, Montealegre, San Juan de Buenavista, Val-del-Aguila, Infantas, Castilleja de Guzmán, Vega de Ren, Aguilar, Bulnes y Torre de Cela; Vizcondesa de Eza y señoras y señoritas de Heredia (Concha), Castellanos, Olivares, Castillo, García Loygorri, Irujo, Miláns del Bosch, Collantes, Cárdenas, Silveira, Figueroa, Arteaga, Rodríguez de Rivas, Muñoz y Rocatallada, Bauer, viuda de Bauer, Amézaga, Calderón, Campuzano, viuda de Iturralde, Villapeceñin, Ruata, Aguilar y Ramirez Dumpierre.

Después de servida en la estufa una espléndida merienda, trasladóse la concurrencia al salón de baile, en donde la artista Teresita España se hizo aplaudir en sus canciones y danzas.

Ayudaron a la Condesa de Casa Valencia a hacer los honores, sus hijos María Teresa Alcalá Galiano, los Condes de Casa Valencia y de Romilla y el Marqués de Castel Bravo.

Varias elegantes reuniones :

En la residencia de los Condes de Paredes de Nava, se ha celebrado una de las comidas con que este distinguido matrimonio suele obsequiar a sus amistades.

Con los dueños de la casa se sentaron a la mesa el Embajador de Francia y la Condesa de Peretti de la Roca, Ministro de Noruega y señora de Lie, Duque y Duquesa de Vistahermosa, Marquesas de Riscal y de Salinas, señora de Núñez de Prado, señora y señorita de Muguero, señora de Polo de Bernabé, Embajador señor Pérez Caballero, Embajador Duque de Tovar, encargado de Negocios de Italia, señor Macario y señor Figueroa y Bermejillo.

La Marquesa de Argüelles obsequió con una comida en su casa de la Huerta—próxima a inaugurarse después de su reforma—a un grupo de distinguidos sevillanos.

Con la Marquesa y sus hijos don Federico Bernaldo de Quirós, la señora de Bernaldo de Quirós (don José), la Condesa y el Conde de San Antolín del Sotillo, el Barón y la Baronesa de Velli y la encantadora señorita María Ignacia Bernaldo de Quirós, fueron los comensales el Presidente del Directorio, Marqués de Estella; sus hijos, don Miguel y don José Antonio Primo de Rivera; el Subsecretario de Guerra, Duque de Tetuán; el señor Nash y sus dos hermanas, pertenecientes a distinguida familia argentina; los Marqueses de Benamejí, los señores de Ibarra (don Tomás), los de Vázquez, los de Piñar y Pickman, la señora de Abaurre, los Marqueses de Valdeiglesias y el del Baztán.

La comida fué servida con la riqueza y el buen gusto propios de aquella casa.

Con motivo de celebrar el otro día su fiesta onomástica el Conde de Riudoms, acudieron a su casa para felicitarle muchas de las personas de su amistad.

Los Condes de Riudoms atendieron amablemente a sus amigos, a los que obsequiaron con espléndido té. Se organizaron partidas de *bridge* y de *mah-hongg*, y las muchachas, capitaneadas por las señoritas de Pérez Seoane y Pulgar, estuvieron bailando toda la tarde.

En honor de los señores de Piñar (don Carlos), se ha celebrado en la artística casa de los Marqueses de Torre Hermosa un elegante almuerzo, al que asistieron también el Conde y la Condesa de Casal, la Marquesa de Medina, el Duque de Tovar, el Marqués de Salar y el señor Polera, además de los dueños de la casa y sus hijos.

EL CARBONERILLO

Jesús lo que sudaba Toñín, ayudando a los carboneros!

Y eso que hacía un frío, que me soplo yo las manos..!

Pero Toñín, quería demostrar que, aunque pequeño, trabajaba tanto o más que los grandes.

Debajo de los haces de leña, desaparecía su cuerpecillo flacucho; mas así y todo, no desmayaba Toñín, ni se dió punto de reposo hasta llenar bien el horno.

Los carboneros acabaron por decir:

—Ven acá, muchacho, que ya has trabajado bastante. Siéntate junto a nosotros en la cabaña y cómete ese trozo de chorizo con este pedazo de pan.

Limpiándose la frente y sacudiéndose las manos, el niño obedeció.

—¡Eres todo un hombre!—exclamó el más viejo.—Desde hoy te daré una peseta de jornal y la comida.

¡Qué alegría para Toñín! Su pobre abuelita, cuando lo supiese, iba a brincar de gozo.

Conque comió también como un hombre y luego contribuyó a prender fuego al horno con el mismo afán y entusiasmo.

Ya casi era de noche, cuando el capataz de los carboneros preguntó que quién iba a quedarse de guardia hasta el nuevo día.

Ninguno contestó, porque a ninguno le agradaba dormir en medio del campo, sin más consuelo que una pobre hoguera.

En vista de ello, el viejo propuso dar doble jornal al que quisiera encargarse de la velada.

Oírlo Toñín y adelantarse, fué todo uno.

—¡Yo me quedo, patrón—gritó enérgicamente.

—¿Tú sabes lo que dices, pequeño?.. Las noches ahora son muy largas y muy frías; los lobos, además, tienen hambre y se necesita ser muy valiente para resistir.

—No importa, mi amo. En teniendo una escopeta para defenderme, no se apure, que nada me pasará—insistió el chico.

Entonces los carboneros, que deseaban librarse del mal rato, se pusieron de su parte:

—Déjele, patrón; con eso sabremos si de verdad es un hombre el muchacho.

Quedó, pues, convenido. Toñín se quedaría.

Le dejaron una carabina, un jarro bien lleno de leche, pan y queso blanco. Luego, le dieron sendas palmaditas en los hombros y, tras de recomendarle serenidad y que no dejara apagar el horno, se fueron monte abajo camino del pueblo.

Hasta las doce todo fué bien. El carbonerillo se entretuvo en hacerse una buena hoguera y en cantar y silbar para no acordarse del miedo. Mas no hubo extinguiéndose el eco de la última campanada de media noche, cuando, por la cumbre del monte que le servía de valla, apareció un cuerno de la

luna, extendiendo por el campo una débil claridad fantástica.

Toñín sintió, entonces, algo así como un castañeteo de dientes, que le puso la carne de gallina.

—¿Serán los lobos?—pensó.

Y, temblando como un perro flaco, se escondió en el fondo de la cabaña.

Arropado en una manta hasta la cabeza, esperó largo rato, hasta que, más tranquilo, fué destapándose poco a poco y miró hacia el campo.

¡Oh, sorpresa! En torno a la lumbre que él había encendido, siete hombrecitos, con las manos extendidas sobre las llamas, se calentaban tranquilamente.

Toñín no sabía qué hacer. ¿Quiénes eran aquellos intrusos? ¿Qué intenciones traían?..

En ésto, uno de los siete frioleros se vol-

lada estaba pasando! Entre canciones, danzas y risas, se acercaba el amanecer, sin que Toñín se hubiese acordado de vigilar el horno. Cuando se acordó y fué a verlo, lanzó un grito de angustia. ¡El horno se había apagado!

¡Menudo conflicto! ¡El chico sabía todo el alcance de su mal! ¡Los compañeros se enfurecerían, y en cuanto al patrón, le echaría de allí para no admitirle más entre los trabajadores! Y si esto pasaba, ¿qué iba a ser de su pobre abuelita? ¡Se morirían de hambre!.. Lloró que te llora, volvió a la puerta de su cabaña, donde los enanos le esperaban para despedirse hasta la noche siguiente.

—¿Qué te ocurre, amiguito nuestro?—le preguntaron.

Conque Toñín se lo explicó y, al escucharle, todos se echaron a reír.

—¿Y por eso solo te afliges?—chillaron.—No te apures, compañerito, que antes de que se vayan las estrellas, no solo haremos avivado el horno, sino que haremos algo más en tu obsequio.

El carbonerillo les dió las gracias.

—Nada tienes que agradecerenos. Compartiste con nosotros el pan y la lumbre y justo es que te compensemós.

Y así fué. Cuando, ya sólo en su cabaña y bien de día, subieron el capataz y los carboneros y fueron a ver el horno, lanzaron voces de asombro:

—¡Pero si está ya hecho el carbón!

—¡Y que es de la mejor calidad!

El patrón, loco de alegría, le interrogó:

—¿Cómo te las has arreglado, muchacho?

Toñín, lleno de orgullo, repetía:

—Porque soy ya un hombre... Porque soy ya un hombre...

El amo se quedó un instante indeciso. Luego, decidiéndose, habló así:

—Desde hoy no serás aprendiz de carbonero, ni peón siquiera, si no tan dueño como yo de las encinas. Quien ha hecho lo que tú has hecho, bien merece que le ponga al frente de mi negocio.

Desde mañana te encargarás de la carbonería que tengo en la Ciudad y recibirás además del sueldo, una tercera parte de las ganancias... ¿Qué te parece?

A Toñín le parecía bien: sólo una cosa le detenía. La suciedad de su cuerpo siempre metido en la negra mercancía.

Pero su patrón, soltando la carcajada, le atajó:

—Eso no debe preocuparte, pequeño; pues con lo que ganes tendrás más que de sobra para comprar Jabón «Flores del Campo», que es el que más pronto limpia por su extraordinario poder detergente.

Toñín, quedó convencido.

Y así acaba el cuento de hoy.

PRINCEPE SIDARTA.

PARA EL ONDULADO DEL CABELLO

NADA TAN EFICAZ, COMO LA
MAGNIFICA LOCION

ONDULINA

QUE LO AUMENTA Y CONSERVA
VARIOS MESES

APLICADA EN PULVERIZACIONES,
ANTES DEL RIZADO CON TENACI-
LLAS Y BIGUDINES, ES DE SUGES-
TIVO EFECTO, SOBRE TODO EN
LAS CABECITAS RIZADAS DE LOS
NIÑOS

FÓRMULA ABSOLUTAMENTE IN-
OFENSIVA

FRASCO DE MEDIO LITRO: 5 PESETAS
DE UN LITRO: 10

FLORALIA MADRID

vió al muchacho y con vocecilla chillona, pero simpática, le saludó:

—¡Buenas noches, amiguito!

—¡Buenas noches!—respondió Toñín.

—Perdónanos que hayamos venido a compartir tu hoguera, pero los tiempos están malos y tus compañeros nos quitan hasta la leña que es nuestra para convertirla en carbón.

—Con mucho gusto celebro vuestra llegada—dijo, ya tranquilo, Toñín—pues gracias a vosotros pasará la noche sin sobresaltos

Después saludó, a su vez, a los otros enanitos, que eran tan simpáticos como el primero, y les invitó a cenar en su compañía.

—Tengo leche fresca, queso blanco, pan y hasta un poco de miel—advirtió el carbonerillo.

Y como, precisamente, son los alimentos preferidos de los duendecitos y gnomos, se pusieron a saborear los manjares, cual si no hubieran comido en toda su vida. A los postres, se agarraron de la mano con Toñín, y hala, hala, hala, dieron vueltas y bailaron alrededor de la lumbre. ¡Qué hermosa ve-

SENAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES

Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

Gran Peletería Francesa

VIL COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES

Carmen, núm. 4. — MADRID. — Tel. M. 33-93.

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. — Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

Casa Jiménez - CALATRAVA, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17



CHENIL DU CHASSEUR

36, Rue de Garches
St. Cloud.-FRANCIA

Venta de perros todas razas, amaestrados.
Exportación todos países.

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Ustolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41. — MADRID

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES

LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS

ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS — BOLSILLOS — SOMBRILLAS — ESPRITS
Preciados, 13. — MADRID — Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

CALLE MAYOR. 6 Y 8, 1.º — MADRID

Capital social. . . { 1.000.000 de pesetas suscrito.
505.000 pesetas desembolsado.

autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

Estudio fotográfico ANTSA

Especialidad en fotografías en color, imitación mi-
niatura. La exposición instalada en el mismo salón
puede ser visitada todos los días de once a una y de
cinco a siete.

Conde de Peñalver, 19

y Victor Hugo, 1

Teléfono 911 M.

MADRID

UNA OBRA IMPORTANTE Y UTIL

- GUIA DE LA GRANDEZA -

Historia genealógica y heráldica de todas las casas

que gozan de esta dignidad nobiliaria por

DON JUAN MORENO DE GUERRA Y ALONSO

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

PRECIO: 35 PESETAS

Los pedidos al autor, calle de Andrés Mellado, 8

"Vida Aristocrática"

REVISTA DEL HOGAR

SOCIEDAD-ARTE-DEPORTES-MODAS

Se publica los días 15 y 30 de cada mes.

Director propietario: Enrique Casal (León Boyd)

Director artístico: César del Villar

Redactor jefe: Guillermo Fernández Shaw

ADMINISTRACION: Goya, 3. Tel. S-583. MADRID

CASA FRANZEN

FOTOGRAFIA: Príncipe, 11. Teléfono M. 835

FELIX TOCA

Bronces-Porcelanas-Abanicos-Sombrillas-Camas-Herrajes de lujo-Muebles-Arañas

MADRID - Nicolás María Rivero 3 y 5 - Tel. 44-77. M

Decir Chocolates

MATIAS LOPEZ

es decir los mejores Chocolates del mundo

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

PARA EL TOURISTA

TODO VIAJERO AFICIONADO
A CUESTIONES ARTISTICAS
ENCONTRARA UNA UTILIDAD
EXTRAORDINARIA Y UN VER-
DADERO DELEITE LEYENDO
LOS SIGUIENTES LIBROS:

El Monasterio de Piedra.

Por tierras de Avila.

Una visita a León.

Vistas de Segovia.

POR

LEON ROCH

De venta en las principales librerías

CASA JIMENEZ

Aparatos fotográficos, relo-
jes, Joyería y artículos para
regalo y viaje.

↑ PRECIADOS, 58 Y 60

PRAST

FOTOGRAFIA ARTISTICA

Carrera de San Jerónimo, núm. 29

MADRID

Hijo de Villasante y Cía.

OPTICOS DE LA REAL CASA

10, Príncipe, 10
MADRID

Teléfono 10-50 M.



INDUSTRIAL GRAFICA. Reyes, 21.—Madrid.



La sombrilla no basta

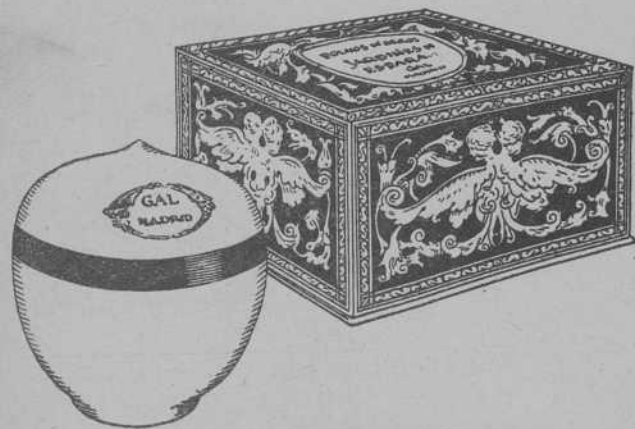
para defender su cutis contra los
ardores del sol. Para protegerlo
convenientemente debe Ud. usar

Crema y Polvos de Arroz Jardines de España

Emplee la crema por la mañana,
después de lavarse, y siempre
al tiempo de salir de casa, antes
de aplicar los polvos de arroz.
Su cutis quedará preservado de
perjudiciales influencias atmosfé-
ricas, adquirirá fragancia y loza-
nía y sorprenderá por su belleza,
por su finura y por su suavidad.

Tarro de Crema, 3 ptas. Caja de Polvos, 3,50

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



DESCONFÍE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más
reducido. En todos los comercios de España, se ven-
den a los mismos precios que en nuestras tiendas al detall. Es lógico
sospechar de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.